



BIBLIOTECA

ORAXIÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.





LA NIEVE.

Comedia cuatro en actos arreglada al Teatro Español por D. Manuel Breton de los Herberos, representada con aplauso en el teatro del Príncipe, el 21 de mayo de 1833.

PERSONAS.	ACTORES.
LA BARONESA DE VEDEL.	D. ^a Concepcion Rodriguez.
LUISA DE SUABIA.	Bárbara Lamadrid.
LA CONDESA DE DRAKENBAK.	Casimira Delgado.
EL PRÍNCIPE DE NEUBOURG.	D. Carlos Latorre.
EL CONDE DE LINSBERG.	Pedro Mate.
EL GRAN DUQUE DE SUABIA.	Elias Noren.
VILHEM.	Antonio de Guzman.
EL MARQUÉS DE VALBORN.	José Galido.
UN CRIADO	

Damas y Señores de la corte.

La escena pasa en Suabia en una casa del Gran Duque.

ACTO PRIMERO.

Rico salon gótico con puerta en el foro y dos laterales A la izquierda del espectador, mesá con escribanía.

ESCENA PRIMERA.

El Conde, la Baronesa.

BAR. No, la Princesa no está visible. Aun no se ha recobrado del susto. Pero, sabéis qué he temido accidentalmente de gozo y de sorpresa cuando os he visto? Quién lo habia de pensar, Conde? Os creíamos batallando á sesenta leguas de aquí, y de improviso os apareceis á nuestro lado en esa partida de trineos, donde á no ser por vuestro valor...

CONDE. Fácilmente os explicaré lo que tanto os sorprende. Llegué anoche; supe que toda la corte habia de reunirse esta mañana sobre el gran lago, y que en él se disponia una carrera de trineos. Deseoso de asistir á ella y conviniéndome por varios motivos que no se supiera mi regreso, me habia confundido entre la multitud y disfrutaba incógnito de la fiesta; pero un imprevisto accidente me fuerza á descubrirme. Advertido que el trineo de la Princesa, impelido hácia donde yo estaba, iba á tocar por momentos en un paraje donde se habia quebrantado el hielo. A vista de tal peligro, me precipito en el lago y logro detener el trineo. No puedo decir lo que ha sucedido despues, porque con la violencia del choque caí sobre el hielo casi sin sentido. Me pareció, no obstante, haber oido

al caer un grito de pavor y creí reconocer la voz de la Princesa, y la vuestra tambien, amable amiga mia.

BAR. No hay cosa mas natural. Yo estaba detrás de S. A. Como camarista suya estoy obligada á seguirla á todas partes, y no era decente que naufragara sola mi señora.—Ah! volveis del ejército, y aun no os he preguntado cómo os ha ido en la guerra. Habeis derrotado al enemigo...; no es verdad?

CONDE. La suerte ha sido favorable á nuestras armas.

BAR. Oh qué bien habeis hecho en vencer! Aquí nos interesábamos mucho en la felicidad de vuestras empresas.

CONDE. Las damas tambien?

BAR. Todas, sin exceptuar la Princesa. Nunca ha sido muy aficionada á la geografía; pero yo la he sorprendido dos ó tres veces siguiendo sobre la carta los movimientos de las tropas. Yo, que siempre estoy dispuesta á complacerla, cuando sabia alguna buena noticia, corria á anunciársela.

CONDE. Si digo que sois muy amable! Oh! Bien sé que puedo contar siempre con vuestra amistad, Baronesa.

BAR. Y cómo os la pudiera yo negar? Vos sois el único en la corte con quien puedo conversar sin vanas etiquetas. Hay cierta analogía entre los dos... Expuestos uno y otro á la envidia y á la mofa de los cortesanos, debemos protegernos mutuamente. Así es, que os esperaba con impaciencia...

CONDE. Ha ocurrido alguna novedad en mi ausencia?

BAR. Y grande. La Princesa, que hasta ahora nos habia parecido insensible, siente ya en su pecho el dardo del amor, y vá á casarse.

CONDE. (Mis sospechas eran muy fundadas.) Qué! S. A...

BAR. Si; S. A. la Princesa Luisa de Suabia vá á casarse con el Príncipe de Neubourg.

CONDE. Con el Príncipe de Neubourg!

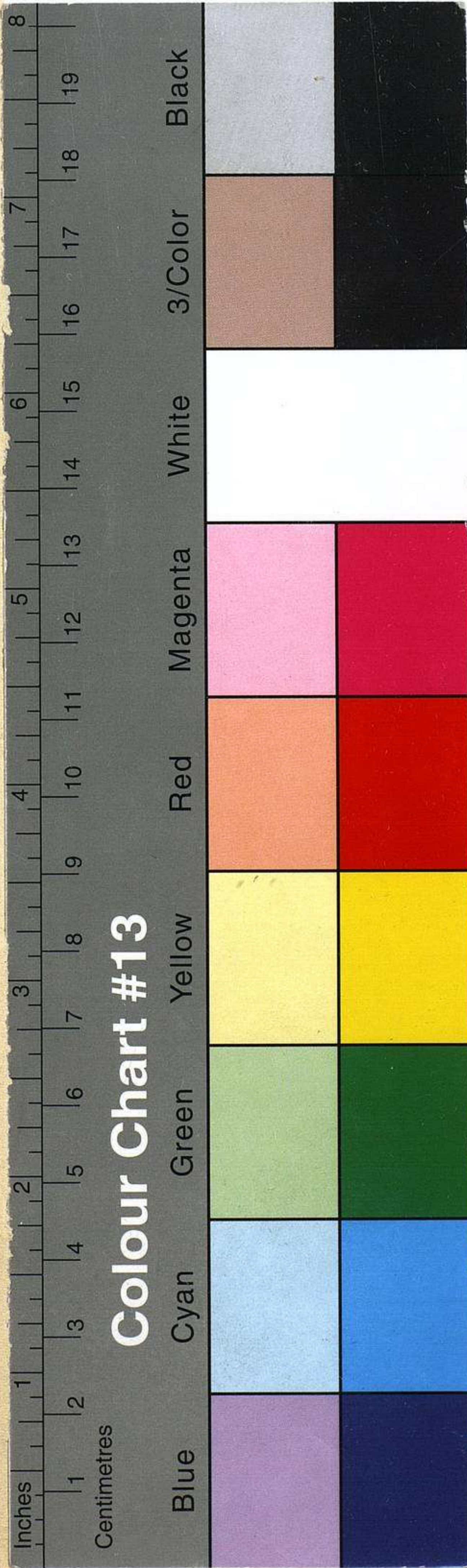
BAR. Sí; el que conducia esta mañana el trineo de la Princesa.

CONDE. Lo hubiera apostado.

BAR. Yo tambien.

CONDE. (vivamente.) Qué?

BAR. Que echaria á pique á la Princesa. El Príncipe de Neubourg es el menos mañoso de todos los hom-



bres. Criado en los campos, ya cazando, ya combatiendo, sin ninguna práctica de la sociedad, atropellado, extravagante, nada hace como los demás hombres; y no obstante, con dificultad se hallará otro mas amable.

CONDE. Os burlais?

BAR. No. Está dotado de una bondad, una franqueza, que hacen olvidar todos sus defectos. Él mismo se apresura á confesarlos; pero, con qué afabilidad, con qué agrado!... Cómo se afana por repararlos!... Ah! Está muy de su parte la camarera mayor, y hasta el chambelan Valborn se da la importancia de protegerle.

CONDE. Valborn!

BAR. Sí. Y mirad lo que haceis, porque se ha declarado vuestro enemigo mortal. Cual sea el motivo, lo ignoro... Sin duda quisiera para él los favores que os dispensa el Gran Duque.

CONDE. En efecto, siempre ha sido enemigo mio; mas nunca tanto como desde que obtuve el empleo de capitán de guardias que él habia solicitado. Pero decidme, la Princesa...

BAR. Al principio recibia á Neubourg bastante mal; pero despues, gracias á mi celo...

CONDE. A vuestro celo, Baronesa!

BAR. Y tanto! Habeis de saber, que el Príncipe de Neubourg es mi discípulo.

CONDE. Cómo?

BAR. Recibe de mí lecciones de galantería. Oh! Y estoy muy envanecida con sus progresos. Sí está desconocido! Su primer conato es agradar á la Princesa, y me parece que ya lo ha conseguido.

CONDE. (Cielos!)

BAR. Observo que le recibe ya con mas afabilidad, que no desdeña sus obsequios, que gusta de hablar con él...

CONDE. (Oh tormento!) Bien: lo celebro mucho... Voy á ofrecer mis respetos á la Princesa. Es forzoso que yo la vea.

BAR. (deteniéndole.) Olvidais que no está visible, y que el ministro os espera en audiencia particular?

CONDE. (p. ocurando reprimir su pena.) Sí, sí...; teneis razon.. Ya me olvidaba... Voy ahora mismo. Adios, Baronesa.

ESCENA II.

La BARONESA sola.

BAR. Qué tiene Linsberg? Le veo inquieto, melancólico, distraido... ¡Mas que nunca le hubiera enviado al ejército el gran Duque!

ESCENA III.]

La PRINCESA, la CONDESA, la BARONESA.

PRINCESA. Basta ya, por Dios, Condesa! tranquilizaos: estoy muy buena, y creo que esto nadie lo puede conocer mejor que yo. Cómo están misdamas?

CONDESA. Todavía no puede decirse que han recobrado completamente su salud... A excepcion de la Baronesa de Vedel, que por nada de este mundo se altera, todas hemos sufrido horribles ataques de nervios.

BAR. Oh! Eso era de rigor. V. A. se sentia indispueta... Pero gracias á Dios que estais restablecida, y la órden del dia volverá á ser... perfecta salud.

PRINCESA. Matilde, está ahí mi lista?

BAR. (la toma de sobre una mesa.) Si señora, con los nombres de todas las personas que han venido á informarse de la salud de V. A.

PRINCESA. El Baron de Waller..., el Marqués de Valborn..., el Conde de Linsberg... Qué! ¿Tantos son los que han tenido la bondad de enviar...

BAR. Oh! el Conde de Linsberg há venido en persona. Yo le he visto...

PRINCESA. Tú le has visto? Tú le has hablado? Está herido?

BAR. No, señora; pero yo esperaba verle satisfecho y alegre, y acaba de separarse de mí tan triste, tan abatido como si fuera el mas desventurado de los hombres.

PRINCESA. (con interés.) Desventurado! Por qué?... (Reprimiéndose.) No ha solicitado verme?

BAR. Sí, Señora; pero le he dicho que no recibia V. A.

PRINCESA. Qué no recibia!... Es verdad; pero... podias suponer...

ESCENA IV.

Dichas, ún criado, luego el CONDE.

CRIA. (á la puerta.) El señor Conde de Linsberg.

PRINCESA. (Hace un movimiento de alegría que reprime al instante.) Qué quiere? Dile que no puedo en este momento... (llamando al criado que se iba.) Enrique, preguntale qué quiere.—No.—Que éntre. (vase el criado)

CONDESA. (Otra vez ese aventurero que no puedo soportar!)

PRINCESA. (Querido Ernesto! Esposo mio! Te vuelvo á ver!) (El Conde entra y acercándose mucho á la Princesa la saluda respetuosamente.)

COND. Señora...

PRINCESA. (en voz baja.) Ah mi querido Conde!

COND. (en alta voz y friamente.) Tengo el honor de felicitar á V. A. por su restablecimiento.

CRIA. (aunciando.) S. A. el señor Príncipe de Neubourg, y el Chambelan de Valborn. (La Princesa se aparta del Conde y se acerca á la Baronesa. Las damas se colocan á su lado.)

ESCENA V.

Los precedentes, el PRÍNCIPE y el MARQUÉS.

PRINCESA. (Oh cielo! Qué tiene mi esposo? ¿Qué me anuncia ese rostro sombrío...)

BAR. (al Príncipe que saluda á la Princesa.) Un poco mas inclinado... Bien..., perfectamente.

COND. (El Príncipe de Neubourg!... Cómo le aborrezco ya!)

PRINCESA. (Presentándole al Príncipe.) El Conde de Linsberg.

COND. Señor...

PRÍNCIPE. Mi mayor satisfaccion se ha cifrado siempre en honrar á los valientes. Yo tambien me precio de soldado, y deseo que, militando vos y yo bajo unas mismas banderas, me llameis vuestro rival en la carrera de la gloria.

COND. Tanto honor...

PRÍNCIPE. Conde, vos lo mereceis.

MARQ. (Todos le honran!)

CONDESA. (Todos le protegen!)

PRÍNCIPE. (Quitándose la del cuello.) Entre tanto recibid esta noble insignia, escaso premio de vuestro valor. Sois muy digno de ella. Todo campeon esforzado tiene derecho á mi amistad. *Se la presenta: el Conde vacila un instante y la acepta haciendo una reverencia.*

COND. V. A. me honra demasiado.

PRINCESA. (Oh amado de mi corazon! No puedo reprimir mi alegría.)

CONDESA. (Hum... Yo tengo calentura!)

MARQ. (El despecho me ahoga!)

BAR. Conde, recibid mi enhorabuena. (No estaria yo mas contenta si me hiciesen Emperatriz.) (*En voz baja al Principe.*) Bien, Señor! Os habeis portado!—Pero todavía no habeis preguntado á S. A. si está mejor.

PRINCIPE. Ah! Soy un atolondrado.—Señora, se ha resentido vuestra salud del fatal accidente de esta mañana?

PRINCESA. No. Todo mi mal se ha reducido á haberme asustado un poco. Pero cuál fué la causa de aquel contratiempo?—Nombradme mi libertador...

PRIN. Tendria mucho orgullo en poderme nombrar á mí mismo; pero, al contrario, tengo vehementes sospechas de que he sido yo el involuntario autor de una avería que ha podido costarnos á todos muy cara. Creed que me pesa en el alma, Señora. (¡Y yo que habia prometido á la Baronesa no cometer hoy ninguna torpeza de las mias!) Estaba yo apoyado sobre el trineo de V. A. que tenía la honra de guiar, y en el momento que me deciais... «Principe de Neubourg, necesito veros y hablaros...»

COND. Ah! S. A. os decia...

PRINCESA. Proseguid.

PRINCIPE. Yo, que solo deseo serviros, os escuchaba con tan profunda atencion, que me olvidé del trineo de dejándole correr á discrecion, y á no ser por el Conde de Linsberg... Porque tambien él, no lo oudeis, tambien él se ha llevado toda la gloria de aquella expedicion naval; y por cierto no es poco mérito en un general de caballeria.

COND. (*mirando á la Princesa.*) Señor, mucho me pesa de que semejante contratiempo haya interrumpido vuestra conversacion con S. A.

PRINCESA. Era poco interesante nuestra conversacion.

PRINCIPE. Perdonad. Lo que es para mí... A bien que hoy la volveremos á entablar: me lo habeis prometido.

PRINCESA. Sí ..., pero es indiferente.—(*al Conde.*) Qué teneis, Linsberg? Estais pálido. Acaso el azar de esta mañana... Sentiria ..

COND. Doy gracias á V. A. por tal exceso de bondad.—Me siento bueno.

PRINCESA. Pasemos á saludar al gran Duque, pues se abre la puerta de su cuarto.—(*al Conde que se iba á retirar.*) No venis á besarle la mano?

COND. Si, Señora. (No la perderé de vista.—Hay situacion mas penosa que la mia? Ser marido, estar celoso, y no poderse quejar!)

BAR. (*al Principe que la ofrecia la mano.*) En qué estais pensando?—La mano á S. A.

PRINCIPE. Gran Dios, qué falta! Esta sí que es garrafal.

BAR. Y van dos! (*El Principe corre hácia la puerta y ofrece la mano, al tiempo que el Conde presenta la suya; y este la retira inclinándose respetuosamente.*)

COND. (Hasta la etiqueta conspira contra mí!)

CONDESA. (Ahora falta que el Gran Duque le haga nuevas mercedes.) (*aparte los dos.*)

MAR. (Oh! Si me consultase á mí!...) (*Entranse todos por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VI.

La BARONESA sola.

BAR. Sofocada vá mi señora la Condesa de Drakembak, y el enfático Chambelan no puede disimular la envidia que le consume. Ya se ve; muy envanecidos con los timbres... de sus abuelos, no pueden sufrir que el Gran Duque recompense con munificencia los méritos... personales del que ellos llaman obscuro advenedizo; de un hombre que ni aun sabe á quién debe la existencia.—Cuán diferentes son sus ideas de las mias! Sobradas prendas le adornan para ser amado por sí mismo; y ¿quién sabe si su cuna... Ah!

Cuánto me complazco en su felicidad! Ernesto!... Mucho se vá apoderando de mi corazon, y temo... No, no; seré su amiga, su amiga y nada mas.—Tierna amistad! Tu apacible antorcha nos ilumina sin engañarnos, y no la viene á apagar la yerta vejez.—Sin embargo, confieso que si yo inspirára al Conde otro afecto mas entrañable, mas vehemente... Qué digo? Tal vez estará ya enamorado de otra, y no tendria gracia que perdiese yo inútilmente mi libertad y mi alegría.

ESCENA VII.

La BARONESA, el CONDE.

BAR. Esa cara... Dios mio!—(*al Conde que sale muy agitado.*) Qué os sucede?

COND. Nada. Os dejo. Vuelvo á partir.

BAR. A dónde? ¿Qué motivo ..

COND. Estoy resuelto. Neubourg no se separa un momento de S. A... (Y ese enfadoso de Valborn parecia que se recreaba en hacérmelo notar!)—En fin, presentándole su mano nuevamente á la Princesa, ha osado estampar en ella sus labios. Lo he visto con mis propios ojos.

BAR. Algo hay en eso de indiscrecion, pero bien se le puede perdonar.

COND. Perdonar! Yo me quise precipitar hácia él.

BAR. Y por qué, Linsberg? Qué os importa á vos?...

COND. A mí!... Lo ignoro... Pero en mi involuntario movimiento he dado un empujón al Chambelan, se ha formalizado al parecer, y... no sé que le he respondido. Sobre él ha caido mi resentimiento. Estaba fuera de mí.

BAR. Oh cielo! Le habeis desafiado?

COND. Creo que sí.

BAR. Delante de la Princesa!

COND. La cólera me cegaba.

BAR. ¿Faltar de ese modo al respeto...

COND. El aspecto severo del Gran Duque, y los murmullos de los cortesanos no han tardado en hacerme conocer mi falta; pero ya era tarde.—La Princesa me ha mandado salir de su presencia...

BAR. No podia menos de hácerlo.

COND. La conozco.—(*mirando á la derecha.*) El Marqués.

BAR. Gran Dios! Qué vais á hacer?

COND. Nada: lo prometo. Informarme solamente de lo que ha ocurrido.

ESCENA VIII

Los precedentes, el MARQUÉS

MAR. Señorita, la Princesa vá á retirarse á su aposento, y pregunta por vos.

BAR. Voy á ponerme á las órdenes de S. A. (*entrase por la puerta de la derecha y se asoma de cuando en cuando.*)

MAR. Señor Conde, mucho siento tener que anunciaros malas nuevas. Creo que jamás se ha mostrado el Gran Duque tan severo para con vos. Sin duda la presencia de su hija...

COND. Qué! La Princesa...

MAR. Estaba tan irritada, que yo he visto lágrimas en sus ojos. El Gran Duque, que tanto la ama, ha participado de su resentimiento, y á no ser por las instancias de vuestros amigos, quizá no hubiera limitado á seis meses de destierro...

COND. Os comprendo, pero extraño mucho que seais vos quien se encargue de darme esa nueva.

MAR. No hay por qué extrañarlo. Teníamos que concluir una conversacion interrumpida por el justo respeto

que me infunden S. S. A. A.—Ahora me tiene á su disposicion el señor Conde de Linsberg.
 CONDE. Piensó pasearme esta noche por el parque. ¿Tendré el honor de encontraros en él?
 MAR. Esta noche?—No. Ya sabéis que es hoy el cumpleaños de S. A. y que tenemos gran baile. No puedo menos de asistir á él... (*con intencion.*) yo que no vivo con tanta independencia como vos...
 CONDE. Basta, señor Marqués. Hasta mañana lo mas temprano que sea posible.

ESCENA IX.

El CONDE, la BARONESA.

BAR. Ya se fué!—Decidme ..
 CONDE. Aun estabais ahí!
 BAR. Si.—Hablad, qué os ha dicho?
 CONDE. Me destierran de la corte por seis meses.
 BAR. Ah! Bien me lo temia.
 CONDE. (Luisa lloraba, y yo soy la causa de su afliccion, yo que he osado ultrajarla!)
 BAR. Qué decis entre dientes?
 CONDE. Nada. Reflexionaba... (Habré de partir sin verla, sin justificarme...)
 BAR. Conde, muy distraido estais hoy.
 CONDE. Perdonad.—Soy muy desgraciado.
 BAR. Si en algún modo puedo yo consolaros, hablad...
 CONDE. Consolarme? Ah! Bien pudierais, amada Matilde!...
 BAR. (Oh Dios! Si me amaré?)
 CONDE. Conducidme, os ruego, á la presencia de S. A. Es forzoso que yo la vea, que yo la hable...
 BAR. (Necia de mí! Yo creia...) Mirad lo que decis. Olvidais que acaban de desterraros?
 CONDE. No lo olvido. Sin embargo... quiero hablarla... A ella sola.
 BAR. A ella sola? Ernesto, Ernesto!... No sé que pensar... ¡Hablarla á solas, cuando os manda alejaros de su presencia!...
 CONDE. Sí, sí, teneis razon. Yo mismo no sé lo que quiero --(Oh Dios! La veo apenas un instante despues de tres meses de ausencia, y ya me es forzoso partir de nuevo sin llorar á sus piés mi temeridad, sin decirle á Dios!...) Ah Matilde! Decidle que mi corazon angustiado, arrepentido.. No..., nada le digais.
 BAR. No la diré siquiera que habeis perdido el juicio?
 CONDE. (¿Hasta cuando habré de devorar en silencio mis pesares?)—Adios, adios Matilde.—Compadedme. (*vase por el foro.*)
 BAR. Tentada estoy por creer que se ha enamorado de la Princesa.—Todos los síntomas son de haberle acometido esa fatal enfermedad.—Y tan satisfecha como estaba yo creyendo que iba á hacerme una declaracion! (*despues de una breve pausa se encoje de hombros y se va por la derecha.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

(*Es de noche.*)

ESCENA PRIMERA.

El GRAN DUQUE, el PRÍNCIPE.

DUQ. Os lo repito: no debo perdonarle. Ingrato! Sabiendo cuánto le amo y cuántos beneficios me debe, cometer semejante desacato! Pero una vez que vos lo exigís...

PRÍNCIPE. Sí, lo exijo. Es buen soldado y no necesita mas recomendacion para mí. Decís que os debe mil beneficios! Y vos no le debeis la seguridad, la gloria de vuestros dominios?

DUQ. Es cierto.

PRÍNCIPE. Yo he reñido con la Princesa por su causa, y creo que tendré tambien valor para reñir con vos, si me negais la gracia que os pido.

DUQ. Ya veo que es mucha fortuna el merecer vuestra amistad. Revoco el destierro de Linsberg. Sírvale solo de correccion el presentarse aquí cuando todos estemos reunidos, disculparse con mi hija, pedirle perdón y abstenerse de parecer á sus ojos por espacio de diez días.

PRÍNCIPE. Os doy mil gracias. No esperaba yo menos de vuestra generosidad; y en prueba de ello, he hecho prevenir á Linsberg que venga aquí dentro de un instante á verse conmigo.

DUQ. Venga, pues, muy enhorabuena.—Lo que ahora me dá mas cuidado es vuestra reconciliacion con mi hija. Sin embargo, no me parece imposible que por medio de un billete... Ya me entendeis... Cuatro frases de galantería...

PRÍNCIPE. Os parece eso muy fácil? Frases de galantería! Ahí es nada!

DUQ. Nada para vos, que sois tan atento, tan obsequioso... No necesito mas pruebas que lo que estoy viendo. (*viendo las guirnaldas con que está la sala adornada.*) Hermosas flores!—Y en el mes de enero!—Esto es verdaderamente admirable.

PRÍNCIPE. De véras? Oh qué satisfaccion para mí!—Esta ha sido una idea de la Baronesita de Vedel. Lo que es yo, jamás hubiera dado en la ocurrencia de arrasar todos los jardines de la comarca para ofrecer rosas á las damas en el corazon del invierno. Confieso que hubiera esperado con mucha flemma la venida de la primavera.

DUQ. Adios, Príncipe. Os dejo solo, puesto que esperais á Linsberg.—Decidle que no abuse de mi clemencia, y venid luego á buscarme para asistir á la fiesta.

ESCENA II.

El PRÍNCIPE solo.

PRÍNCIPE. Ya que me veo engolfado, sin saber cómo, en el mar de la galantería, y me es preciso escribir una espístola de reconciliacion, probemos... Si tuviera á la vista el último tratado de paz que firmé, me serviria de modelo. (*siéntase á escribir.*)

ESCENA III.

El PRÍNCIPE, el CONDE.

CONDE. (¿Qué motivo tendrá el Príncipe de Neubourg para rogarme que suspenda mi partida? Tendrá sospechas... Bien; poco me importa que las tenga. Le juzgo demasiado valiente y generoso para no remitir á su propia espada el cuidado de vengar una ofensa.)

PRÍNCIPE. (*rompe el papel que escribia.*) (Vamos, si esto no es para mi genio! Cielo santo! Preferiria asaltar una muralla... Ah! Sois vos, querido Conde! Acercáos... Tengo que daros muy buenas nuevas.)

CONDE. A mí, señor!

PRÍNCIPE. Ya no os ausentais de la corte. Se ha conseguido vuestro perdón.

CONDE. Y quién lo ha solicitado?

PRÍNCIPE. Yo.

CONDE. Vos, mi Príncipe!

PRÍNCIPE. Oh! No sin trabajo he logrado que se derogue la orden de vuestro destierro. He tenido un debate

muy acalorado con el Gran Duque, y estoy seriamente reñido con la Princesa.

CONDE. (con alegría.) Es posible!

PRÍNCIPE. Como lo estais oyendo. He declarado solemnemente, que sois mi amigo, mi mejor amigo, y que si os obligaban á partir, partiria yo tambien. Este *ultimatum* ha hecho muy buen efecto, camarada. Nos quedamos en la corte los dos.

CONDE. Creed, señor, que tan grande favor... (Vamos, no hay medio para aborrecer á este hombre.)

PRÍNCIPE. Se exige solamente de vos, por via de satisfaccion, que os disculpéis luego con la Princesa del mejor modo que podais, y que por ocho ó diez dias os priveis de presentaros en la corte.

CONDE. Ocho ó diez dias!...

PRÍNCIPE. Eh! Yo creo que lo que es este castigo no os parecerá demasiado rigoroso, porque juraria que sois tan poco aficionado á la corte como yo. A postamos á que os alegráis? Sí! Y yo tambien. Iremos á cazar, pasaremos revistas, mandaremos maniobras... Qué deliciosos momentos vamos á pasar juntos!—Ah! Pero en cambio me vais á hacer ahora un favor. Me dais vuestra palabra?

CONDE. Os la doy, señor. (Si supiera hasta qué punto debo estarle agradecido!)

PRÍNCIPE. Amigo mio, gracias al cielo con que he abogado por vos, la Princesa está á matarse conmigo. Ahora es menester que seais vos quien me reconcilie con ella.

CONDE. Yo, señor!

PRÍNCIPE. Sí. Mis consejeros se han tomado la molestia de arreglar ese casamiento, que en verdad no deja de ser ventajoso; mas para casarse es de rigor el galantear primero á la novia. Yo no entiendo una jota de amoríos; y á no ser por la Baronesita de Vedel, que ha tenido la bondad de darme algunas lecciones...

CONDE. Ah! La Baronesita...

PRÍNCIPE. Sí, ella es mi preceptora de cámara en materia de galantería. Ensayo con ella esas farsas de enamorado, y... no lo creereis, los ensayos me gustan mas que la funcion. Matilde es la única persona con quien me hallo bien en esta casa. Me presento á sus ojos triste, desanimado, y siempre me retiro de su lado contento de mí mismo. Sus elogios me encantan... Qué digo? Hasta sus reprensiones me dán placer... Ah! Si ella fuese la Princesa, no me veria yo tan perplejo, tan atado; ya estaria la boda hecha; pero la aventura de hoy la vá á retardar otros quince dias por lo menos, y si vos no me socorreis, esto vá á ser la vida perdurable.

CONDE. V. A. olvida sin duda que en diez dias no me es lícito presentarme á la Princesa; y que por consiguiente me es imposible hablarla en vuestro favor.

PRÍNCIPE. Si no es eso lo que yo os pido! El Gran Duque me ha aconsejado que la escriba; y esto de escribir á una dama es obra de romanos para mí.—Mirad, vos sois hombre de talento y reservado; bien puedo fiarme de vos.

CONDE. (Qué querrá de mí?)

PRÍNCIPE. Redactemos el billete entre los dos.

CONDE. (La amistad de este señor me desespera.) ¿Y cómo poner ese billete en manos de la Princesa, sin comprometerla?

PRÍNCIPE. Poca dificultad habrá para eso, supuesto que el Gran Duque lo permite.

CONDE. Os valdreis de la Baronesa?

PRÍNCIPE. Qué decís! Encargar semejante comision á tan hermosa criatura! Aun si fuera una dueña... Vaya, señáos y escribid.

CONDE. (Cómo negarme á obedecerle!) Ah! Qué dirá Luisa cuando vea mi letra? Qué martirio! (se sienta á escribir.)

ESCENA IV.

Los precedentes, VILHEM, con un canastillo de flores.

PRÍNCIPE. Ah! Eres tú, Vilhem! Espera un poco. (al Conde.) Escribid vos la carta como mejor os parezca, sobre todo, nada de metáforas almibaradas! No es ese mi género.

CONDE. Mejor sería que V. A. se dignase dictarme...

PRÍNCIPE. No. Tengo mas confianza en vuestro ingenio que en el mio.—Ah! ¿Se me olvidaba deciros que la Princesa quiere conferenciar conmigo en secreto. Me lo insinuó esta mañana.

CONDE. Ya lo sé.

PRÍNCIPE. Podeis recordárselo, si os parece.—Hola muchacho! Están ya ejecutadas mis órdenes? (á Vilhem.)

VILH. Al pié de la letra, S. A. Y por cierto que ramilletes como estos... Digo! Y cuando está helando Dios á todo helar... O semos jardineros ó no lo semos.

PRÍNCIPE. Eres tú el jardinero de palacio?

VILH. No, S. A. Yo soy sota.

PRÍNCIPE. Cómo sota?

VILH. Pues; sota-jardinero; pero si S. A. quiere, en un santiamen puede hacerme jardinero principal. Con despachar á mi jefe, y darme su plaza, estamos del otro lado.

PRÍNCIPE. Holá! Parece que eres ambicioso.

VILH. Oh! Sí, señor.—Tengo una ambicion desesperada; tanta... como un chambelan, aunque á mí no me toca alabarme. Hace ya quince dias mortales que me recibieron para emplearme en el ramo de hortalizas. Esto es muy subalterno para un hombre de mi calibre. Ya debia yo practicar mi ciencia en las estufas, las cascadas... y sobre todo, en los laborintios; que así se medra.

PRÍNCIPE. Te gustan los caminos tortuosos?... Bravo!

VILH. Pues digo bien! Tengo yo mucho caletre, y no es cosa de tenerme toda la vida escardando cebollinos.

PRÍNCIPE. Está ya?

CONDE. (levantándose y dándole la carta.) Lea V. A.

PRÍNCIPE. No. Para qué? Bien estará. Todos los billetes de amor se parecen unos á otros. Os agradezco... A propósito. Hé aquí un confidente muy discreto y muy galante. Le confiaré mi mensaje. Añadid los cumplimientos de estilo y cerrad el billete.

CONDE. (Ah! Qué feliz idea!—Protégeme, Dios de amor!) Guarda la carta que habia escrito, y escribe otra mientras habla el Príncipe con Vilhem.

PRÍNCIPE. Me has servido perfectamente, Vilhem; vas á hacerme un nuevo servicio, y yo no soy ingrato. Tú quedarás contento sin que sea necesario desacomodar á nadie para favorecerte á tí.

VILH. Si eso es posible, tanto mejor, S. A. La táctica de un gobierno, y dicho sea con perdon, consiste en colocar á cada prójimo, segun su aquel y su talento. Protegedme, y vereis un hombre!

PRÍNCIPE. (al Conde.) Vais á cerrar la carta, y no he firmado.

CONDE. (Cielos!) No habia yo previsto... bajo al Príncipe.) Me parece mas prudente que no la firme V. A.—Puede llegar á otras manos antes que á las de la Princesa...

PRÍNCIPE. Entiendo. Sois la suma discrecion.

CONDE. Por lo mismo no la nombro en el billete, ni pensaba ponerle sobreescrito.

PRÍNCIPE. Bien pensado. Basta que lo reciba con el ramo.

CONDE. Si no teneis algo mas que mandarme...

PRÍNCIPE. No, querido Linsberg. Os doy las mas sincera gracias.

CONDE. Señor...

PRÍNCIPE. Contad siempre con mi amistad.

ESCENA V.

El PRÍNCIPE, VILHEM.

PRÍNCIPE. Entérate de lo que voy á decirte. Entregarás á cada una de las damas de honor de la Princesa uno de esos ramilletes para el baile de esta noche; y este de rosas..., ten cuidado... (*ocultando la carta entre las flores.*) será para la Princesa. Entiendes?

VILH. Sí, señor. Le diré que es de vuestra parte, S. A.?

PRÍNCIPE. No es necesario. Por la carta lo conocerá. ¿Quién sino yo se atrevería...

VILH. Me ha de dar respuesta?

PRÍNCIPE. Respuesta? No sé... Pero aguarda; no habia pensado... Es preciso saber lo que la pido. (*abre la carta.*) Veamos:—Calle! Pues juraria que antes me pareció mas larga la epístola.—«Perdon, perdon, señora! »Si supierais cuánto os amo, y cuán afligido estoy por »el disgusto que os he causado, ídolo mio!...» Ídolo mio! Hé aquí uno de los vocablos que yo temia. Rutina, rípios que no significan nada.—«Si no os soy el mas »indiferente de los hombres; si no mirais con ódio »nuestro enlace, dignaos permitir que os hable sin »testigos despues del baile...» Hola! Pues esto ya no es rípio, vive Dios; esto es hablar al alma. No hubiera yo sido tan ejecutivo.—«Si accedeis á mi súplica, dejad »caer luego vuestro ramo delante de mí, y conoceré »que mi amada me perdona.» Vamos; esto ya es mas galante, mas delicado. Hacer á las flores intérpretes del amor, es lindo pensamiento —Estoy contento de mi secretario.—Y qué tiene de temeraria mi petición? La Princesa me habia pedido una audiencia particular: esto mismo la indico yo. Si me dá una repulsa; si como creo permanece el ramo en su lugar, quedaremos tan adelantados como al principio y volveremos á la guerra de observacion.—(*vuelve á poner la carta en el ramo.*)—Echada está la suerte! No hay contraórden. Espera aquí á la Princesa, y al pasar entrega este ramo á S. A. sin decirle una palabra.

VILH. Entiendo.—Pardiez, no tardaré mucho en serviros, que por allí viene... y resplandeciente como el sol. Dios la bendiga.

PRÍNCIPE. Tan pronto!—Y el Gran Duque me espera... Voy volando á buscarle.

ESCENA VI.

VILHEM, la PRINCESA y la CONDESA.

PRINCESA. (Ingrato! Desconfiar de mi amor cuando todo lo he sacrificado por él! Ah! Lo mas doloroso para mí es verme forzada á desterrarle.)

VILH. S. A., tened misericordia de mí, que me atrevo á interrumpiros cuando estais rezando. Vengo á regalaros estas flores, S. A.

CONDESA. Flores en esta estacion! No deja ser fineza.

PRINCESA. Ciertamente. Son muy bellas.

VILH. Oh! Es que son todavía mas suprelativas de lo que pensais.

PRINCESA. (Qué quiere decirme con esos gestos?)

VILH. Aquí teneis un manojito de rosas que... hem!... Oh! No les falta mas que hablar.

PRINCESA. (Qué veo! Sin duda es de Ernesto...) Está bien: acepto las flores, y agradezco esta atencion.

VILH. Es que S. A... no ha columbrado...

PRINCESA. Bien, bien. Pon ahí el canastillo y déjanos.

CONDESA. Qué haces? No has entendido á S. A.?

VILH. Sí tal, que no soy tan ganso. S. A. es la que no me entiende á mí.—(Pero es igual: yo ya he cumplido con mi embajada.)

ESCENA VII.

La PRINCESA, la CONDESA.

CONDESA. Parece un simplon ese jardinero.

PRINCESA. Sin duda esperaba alguna gratifiacion. Se la enviaré mas tarde.

CONDESA. No pasa V. A. á la sala del baile?

PRINCESA. Dentro de un instante. Advertid á la Baronesa de Vedel, y á las otras damas...

CONDESA. Ya están esperando...

PRINCESA. Ah! Bien... Dadme otro abanico y otros guantes, que estos no me agradan.

ESCENA VIII.

La PRINCESA sola. Saca la carta, la abre, y lee.

PRINCESA. «Afligido... por el disgusto que os he causado.»—Ah! Por grande que sea su afliccion!... (*continúa leyendo para sí.*) No; no se lo concederé; no lo merece. Pero; qué imprudencia! Confiar semejante secreto á un jardinero!... La Condesa!... (*guarda la carta en el pecho.*)

ESCENA IX.

La PRINCESA, la CONDESA. La Condesa traerá otros guantes y otro abanico que presenta á la PRINCESA.

CONDESA. Está el peinado á gusto de V. A.?

PRINCESA. Si, si. Está muy bien. (*poniéndose el ramo en el pecho.*)

CONDESA. Quiere V. A. que le prenda ese ramo?...

PRINCESA. No, es inútil. Está bien así... Ya vienen.—Que entren las damas.

ESCENA X.

Los precedentes, el gran DUQUE, el PRÍNCIPE, el MARQUÉS, la BARONESA, señoras y damas.

DUQ. A tí sola esperábamos para dar principio al baile.

PRINCESA. Padre mio, estoy á vuestras órdenes... (No le veo!) (*aparte mirando al rededor.*)

DUQ. (*al Príncipe.*) Dad la mano á la Princesa... Esperad.

PRINCESA. El es!

ESCENA XI.

Dichos, LINSBERG.

DUQ. Acercáos.

MAR. (*aparte á la Condesa.*) Aun se atreve á presentarse...

CONDESA. Si, pero vais á ver humillado su orgullo. (*siguen hablando entre si y mirando al Conde.*)

CONDE. (Yo tiemblo!)

PRÍNCIPE. (Malo!... Muy seria está y el ramo inmóvil. Parece que se lo han clavado.)

CONDE. (*á los piés de la Princesa.*) Señora, dignaos oír con benignidad mi humilde súplica... Reconozco mi falta: he sido un insensato, y mi corazón... (*la Princesa permanece inmóvil y sin mirarle.*) Pero ese silencio me hace ver que he perdido vuestra gracia, y que debo alejarme para siempre de vuestra presencia.

PRINCESA. Alzad, yo os perdono. (*Desprende la Princesa el ramo con disimulo mientras el Conde la besa la mano.*) Ah!

CONDESA. V. A. no quiso que se le prendiera... (*alzándole.*)

CONDE. (Oh ventura! Esta noche la veré!)
 PRINCIPE. (Esto es hecho: Capitula.)
 DUQ. Línberg, retiráos.
 CONDE. (Esta noche!) (*saluda con respeto y se retira*)
 BARONESA. (A la hora del baile! Qué crueldad!)
 PRINCESA. (Esta noche!)
 CONDESA. (*aparte al Marqués.*) Lo veis? Cayó el favorito.
 MAR. Oh gozo!
 DUQ. Entrad: ya os sigo.—Oídme, Marqués...
 PRINCIPE. (Esta noche!)

ESCENA XII.

El DUQUE, el MARQUÉS.

DUQ. Os he visto murmurar de Linsberg con la Condesa de Drakembak, y no es esta la primera vez que habeis dado públicamente muestras de aborrecerle.
 MAR. Señor, yo...
 DUQ. No pretendo obligaros á que le ámeis; pero guardáos de injuriar á un vasallo fiel, á un capitán valeroso, á un hombre, en fin, que merece mi estimación...
 MAR. Señor... (No sé dónde estoy.) Yo... al contrario... le defendía... Murmura la Corte... Dicen que un manco desconocido..., sin nacimiento...
 DUQ. Basta. Yo os mando que no murmure la corte. Entendeis? El Conde de Linsberg es tan bueno como yo.

ESCENA XIII.

El MARQUÉS solo.

MAR. Sofocado estoy. ¿Que misterio... Aprovecharé el aviso. Esconderé el odio dentro del pecho... Y el desafío?... Acudiré... No, que el Gran Duque acaba de decirme... «El Conde de Linsberg es tan bueno como yo...», y no le es permitido á un Chambelan pelear con sus superiores.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion de la Princesa. Todo el foro estará ocupado por dos grandes ventanas y una puerta: todas de cristales y de forma gótica. En cada lado, á la altura del segundo bastidor, una puerta; á la derecha otra mas pequeña que conduce á un gabinete.

ESCENA PRIMERA.

La PRINCESA, la CONDESA, Damas.

La princesa aparece sentada delante del tocador rodeada de sus damas, que acaban de desnudarla de las galas con que asistió al Baile.

PRINCESA. Gracias, señoras No quiero deteneros mas. Debe de ser muy tarde.—No es verdad?
 CONDESA. No, señora. Hace poco que han dado las doce.
 PRINCESA. Las doce! Qué noche tan larga! No son mas de las doce?
 CONDESA. No mas. Apenas se retiró el gran Duque dejó V. A. el baile. Un baile dado únicamente para cumplimentar á V. A.!
 PRINCESA. Basta, Condesa, basta. No me siento muy buena, y me hareis un obsequio en retiraros.
 CONDESA. Perdóneme V. A.; mi deber es no apartarme de su lado cuando está quebrantada su salud, Aquí pasará la noche.

PRINCESA. De ningun modo lo permitiré.
 CONDESA. Señora...
 PRINCESA. Os digo seriamente que os retireis.
 CONDESA. Puesto que V. A. lo exige, me voy á mi habitacion; pero no me acostaré, y al menor ruido....
 PRINCESA. (Oh! Eso es aun peor.) A qué fin incomodaros? Mi indisposicion es muy leve. El reposo y el sueño me pondrán buena.
 CONDESA. No obstante...
 PRINCESA. Os prohibo que veais; quiero que durmais.—Lo habeis entendido?
 CONDESA. No replico, señora. (*ap. á las damas.*) Es igual; haré que esté en vela la Baronesa de Vedel, que es la que está de servicio.
 PRINCESA. Buenas noches, señoras. (*La condesa y las otras damas hacen una reverencia y se retiran llevándose los adornos y el vestido de la Princesa.*)

ESCENA II.

La PRINCESA sola; junto á la puerta de la derecha despues de cerrarla.

PRINCESA. Bien. Se alejan... Ya se abren las puertas de sus habitaciones.—Qué fatalidad! Todas dan á esa galería...—Oh! Todavía están hablando... Acabarán de despedirse?—Gracias á Dios, ya se cierran todas las puertas.—Dios mio! Que tanta pena le haya de costar á una Princesa el estar sola! Ya no tardará Ernesto. Esposo mio! Te voy á ver!. Pero... á qué precio! Me ha sido forzoso revelar mi secreto, y no á mi padre... Pobre Baronesa de Vedel! Cuál ha sido su sorpresa al saber que es mi esposo el Conde de Linsberg! Ahora lo veo, y antes debí sospecharlo; Matilde estaba muy cerca de amarle. Sin embargo, tiene tan buena índole esa joven!.. Con qué celo ha prometido servirme! Pero conseguirá ver al Conde? Podrá entregarle la llave de esa puerta?—Ah! si fuese descubierto... si le vieran entrar en mi habitacion ó salir de ella... Qué imprudencia! Comprometer mi reposo, mi honor, y quizá mi existencia!—Me parece que oigo pasos en la galería. Escuchemos... Ah! Cómo me late el corazón!.. El es! Ernestol!.. (*abre la puerta y exclama alegre.*) Bien de mi... Cielos! Mi padre!..

ESCENA III.

La PRINCESA, el GRAN DUQUE.

DUQ. Ya veo tu sorpresa. No me esperabas sin duda á estas horas; pero he percibido luz en tu aposento, tenia que hablarte de un asunto importante y no he tenido paciencia para esperar al dia.
 PRINCESA. (Y Ernesto vá á venir... Soy perdida!...)
 DUQ. Toma asiento, y hablemos amistosamente.—Ha sido buen pensamiento el mio. Ahora puedo hablarte libremente y sin testigos, y vamos á tener una larga conferencia.—Qué tienes, Luisa? Te sientes mala?
 PRINCESA. No, señor.—Se me figuraba oír...
 DUQ. Tranquilízate. Quién ha de venir aquí despues de media noche? Ya conocerás que vengo á hablarte del Principe de Neubourg. El te ama: bien lo sabes. Ya me parece justo sacarle de su incertidumbre, y declararle francamente tus sentimientos.
 PRINCESA. Si, señor. Pienso como vos.—(Ah! que tormento!..) (*con inquietud y siempre mirando á la puerta.*)
 DUQ. Será posible?... No esperaba encontrarte tan dispuesta á obedecerme.
 PRINCESA. Sí, querido padre; contad con mi sumision á vuestros mandatos.

DUQ. Nunca he dudado de ella. (*se levanta.*) Lo único que temia es que quisieses retardar todavía el cumplimiento de mis deseos; pero una vez que no es así, dentro de pocas horas declararé públicamente tu boda con el Príncipe de Neubourg.

PRINCESA. Oh cielo! Qué decis!

DUQ. Tu acabas de autorizarme para tomar esta resolución. Me has dado palabra...

PRINCESA. Quién? Yo! ¡Yo he podido prometer... Si amais á vuestra hija, os ruego... Gran Dios!

DUQ. Qué extraño terror! Por qué tiemblas?

PRINCESA. (Triste de mí! Ahora no me engaño.

Siento venir... —) Padre mio, piedad!—Yo, sola, yo sola...

DUQ. Qué quieres decirme? Habla.

PRINCESA. Sabed... (Ah! No es él!) (*se abre la puerta de la derecha.*)

ESCENA IV.

Los precedentes, la BARONESA.

BAR. S. A. aquí!

PRINCIPE. Ah! Matilde!

DUQ. (Qué misterio es este? Su repentino sobresalto... Disimulemos ahora.) Baronesa, qué objeto os conduce aquí á estas horas?

BAR. Oí ruido en la habitación de S. A., y temerosa de algun accidente desgraciado, acudí...

PRINCESA. Cuánto te lo agradezco, Matilde!

BAR. Pero por fortuna veo que es inútil mi presencia y me retiro.

DUQ. No; quedáos por si os ha menester la Princesa.—Adios, hija mia.—Luego me dirás de qué nacia tu agitación.

PRINCESA. No era nada. Un pavor involuntario...

DUQ. Ibas á hacerme una revelacion.... No me obligues á que dude de tu sinceridad.

PRINCESA. Padre!

DUQ. Ahora silencio, que no estamos solos.—Adios.

ESCENA V.

La PRINCESA, la BARONESA.

BAR. (*observa por la puerta derecha y luego la cierra*) Se retira á su dormitorio.—Qué susto!

PRINCESA. (*dejándose caer en un sillón.*) Ah Matilde! No sé cómo no me he caído muerta.

BAR. No es nada, señora. Pasó la tempestad. Sosegaos. Supongo que ya estará aquí el Conde de Linsberg.

PRINCESA. No. Aun no ha venido.

BAR. Cómo! Ya hace tiempo que debería haber llegado.

PRINCESA. Algun acontecimiento imprevisto habrá detenido felizmente sus pasos, porque si no, se hubiera encontrado con mi padre. Pero de qué arbitrio se ha valido para que llegue á sus manos la llave de esa puerta?

BAR. Bien apurada me he visto! Cuando os ofrecí ver al Conde, hablarle y poner en sus manos la llave, no reflexioné las dificultades que esto ofrecia; (*sonriéndose.*) y es milagro, porque ya sabéis que yo soy muy reflexiva. Ya se vé, en aquel momento yo no pensaba mas que en servirlos, y el mismo celo me fascinaba. Qué haré?, dije luego para mí. Es cerca de media noche; estoy en traje de baile; el Conde estará en su aposento... En verdad yo no podia advertirle por medio de su ayuda de cámara, que la primer camarista de V. A. deseaba hablarle... En todo veia mil inconvenientes, y ya me desesperaba, cuando veo cerca de la puerta de los jardines á Vithem..., al mismo jardinero, que como me habeis dicho, os entregó antes del baile un billete del Conde. «Escucha, la

digo, dándole un bolsillo, entrega esta llave á la persona que te mandó no há mucho presentar un ramo de flores á la Princesa.—Prontitud y silencio!»—Entiendo, entiendo, me responde, y desaparece.

PRINCESA. Feliz encuentro! No podia imaginarse mejor medio para que Ernesto recibiese la llave.

BAR. Ya no puede tardar en venir el señor Conde.

PRINCESA. Por qué no le llamas ya Ernesto?

BAR. No sé... Será porque V. A. no le llama ya Conde. Pero os veo turbada, inquieta...

PRINCESA. Sí. No viene, y estoy con cuidado. Si mi padre... Ah, Matilde! Soy muy desgraciada.

BAR. (*con expresión.*) Desgraciada! Por qué si el Conde os ama? Pero no he de ser yo generosa á medias. Voy á calmar vuestra inquietud.

PRINCESA. A dónde vas?

BAR. A proteger la llegada del Conde, y á traerlo á vuestros piés. (*Vase por la puerta de la derecha que queda entornada.*)

ESCENA VI.

La PRINCESA sola.

PRINCESA. (*escuchando hácia el foro.*) Qué bondad! Sacrificar... Pero me parece que oigo ruido... Sí; hácia esas vidrieras que dán sobre el lago.—Llaman.—Quién será? Oh Dios! Y Matilde me ha dejado sola!...

CONDE. (*á media voz dentro.*) Luisa! Luisa!

PRINCESA. Cielos! La voz de mi esposo. (*Corre á abrir, y Linsberg se presenta embizado en una capa oscura.*)

ESCENA VII.

La PRINCESA, el CONDE.

PRINCESA. Eres tú, bien mio! Cómo vienes por el lago? No te han dado la llave de ese pabellon?

CONDE. Qué llave?

PRINCESA. La que la Baronesa de Vedel te ha enviado de parte mia.

CONDE. No he recibido ni llave, ni el menor aviso.—No sabía cómo penetrar hasta aquí sin comprometerte, ni qué resolución tomar, cuando reflexioné que por el exceso del frio debía conservarse helado el gran estanque que se extiende hasta esas vidrieras. Me he aventurado á atravesarlo, y he llegado hasta aquí sin ningun contratiempo y sin que nadie me haya visto.

PRINCESA. Qué imprudencia, Ernesto! Si se hubiera quebrantado el hielo; si hubieras corrido el mismo riesgo de que ayer mañana me libraste! Esposo mio, dame palabra de no volver á exponerte de ese modo.

CONDE. Sosiégate. Ningun peligro habia; pero cuál no hubiera yo arrostrado por verte un solo instante, por oír de tu boca mi perdon!

PRINCESA. Olvídese todo. El amor te hizo indiscreto. ningun resentimiento me queda.

CONDE. Sí, no hablemos mas... Pero lo debes confesar, Luisa; mucho affigiste mi corazón.

PRINCESA. Y no fuiste tú demasiado injusto para conmigo? Abusar de mi situación! Obligarme delante de toda la corte á hablarte con severidad! Poner en duda la fé de tu esposa!

CONDE. Pero á qué fin pedir una conferencia secreta al Príncipe de Neubourg?

PRINCESA. A falta de otro arbitrio para impedir el casamiento á que me obligan, habia resuelto revelárselo todo confiada en su generosidad.

CONDE. Ah, Luisa!... Era ese el motivo?...

PRINCESA. Sí; pero ya no es tiempo. El Gran Duque acaba de decirme, que dentro de pocas horas será públicamente declarado mi matrimonio con el Príncipe.

CONDE. Gran Dios! Qué oigo!

PRINCESA. Sí, Ernesto.—Qué partido tomaremos? Abandonar á mi padre..., privarle de su hija... Jamás, Ernesto, jamás tendré resolución para tanto. Pero revelar un secreto que te haria objeto de su cólera!...

CONDE. Ah! Si solo peligrase mi vida...

PRINCESA. Silencio! Siento pasos... No oyes?

CONDE. Sí, hácia la galería...

ESCENA VIII.

Los precedentes, la BARONESA.

BAR. Señora, ya viene el Conde. (*viéndole*.) Qué veo! Creí que me seguía.

CONDE. Qué dices?

BAR. No os altereis. La culpa es mia.—Evitemos que nos sorprendan. Cerremos esa puerta.—(*cierra la puerta de la derecha*.) En medio de la oscuridad me pareció reconocer entrando en el primer vestíbulo, y que dudabais cuál camino deberiais tomar. Yo he dado en voz baja las señas de esta habitacion á la persona que he confundido con vos.

PRINCESA. Callad: se acerca á la puerta...

BAR. A bien que no entrará.

CONDE. No entrará, y oigo el ruido de una llave!—¿Quién es el temerario?..

BAR. Chist!... Sin duda ha equivocado Vilhem.. Ocul-táos. (*muestra á la Princesa la puerta de la izquierda*.)

CONDE. Yo velaré por vos.

BAR. No, sino yo. Entrad ahí, si su honor os interesa, y dejadme obrar. (*entra, empujándole la Baronesa, en el gabinete de la derecha*.) La puerta se abre. Astucia y valor!

ESCENA IX

La BARONESA, el PRÍNCIPE. La BARONESA se sienta y toma un libro. El PRÍNCIPE entra por la puerta de la derecha con la mayor precaucion Se ve caer nieve.

PRÍNCIPE. Maldita cerradura! Creí que no acertaba á abrir en toda la noche.

BAR. Qué veo! El Príncipe de Neubourg!

PRÍNCIPE. Singular negocio es una cita amorosa! No me asustaria un escuadron, y ahora creo que tengo miedo.—Sobre que estoy temblando!—Eh! Buen ánimo y avancemos... Aquella es la Princesa. (*viendo á la Baronesa que está de espaldas*.) Tan embobada está en su lectura, que aun no me ha sentido. (*tosiendo*.. Hem...

BAR. Ah, Dios mio! (*se levanta afectando sorpresa y dejando caer el libro*.) Quién entra?

PRÍNCIPE. (*admirado*.) La Baronesa!

BAR. Qué! Sois vos, señor! Cómo habeis entrado aquí? En mi habitacion á tales horas!

PRÍNCIPE. Es posible! Conque... estoy en vuestra habitacion?

BAR. Sí, por cierto, y es demasiada osadía...

PRÍNCIPE. No os enojeis, Baronesita. Yo os suplico...

BAR. (*Se ha turbado. Esforcemos el engaño*). Qué temerario designio os conduce á mi presencia?

PRÍNCIPE. Señora, yo solo soy temerario en el campo de batalla. Quereis saber cómo me encuentro aquí... y yo tambien me alegraria mucho de saberlo. Cuanto me está sucediendo es tan extraordinario, que ya me falta poco para creer en brujas. Figuráos que un jardinero de palacio me entregó una llave de este pabellon, de parte de una dama, cuyo nombre no podia decirme.

BAR. (*Vamos, Vilhem desempeña bien sus comisiones*.)

PRÍNCIPE. Pues esto no es nada todavía. Oid ahora los contratiempos que me han sucedido. Por el pronto

se me aparece en la puerta exterior un centinela con quien no contaba, y con el frio que está haciendo he tenido que esperar una hora larga á que tuviese la condescendencia de dormirse.

BAR. (*Para que se vea qué bien guardadas están las damas de honor!*)

PRÍNCIPE. Oyéndole roncar, me introduzco casi á tientas en un espacioso vestíbulo. Ofrecense á mi vista dos galerías.—Cuál tomaré?—Ya iba á encaminarme á la ventura por cualquiera de las dos, cuando oigo crugir seda, y una muger tan ligera como una silfide pasa rápidamente por mi lado, diciéndome á media voz... «La galería de la izquierda, la puerta de enfrente...» Dicho esto, corre como un corzo delante de mí como para indicarme el camino.—No es esto lo mas admirable, sino que aquella voz me pareció la vuestra.—Verdad es que en aquel momento estaba yo pensando en vos.

BAR. En mí, señor?

PRÍNCIPE. Oh! No os sobresalteis, amable Baronesa. Digo que me pareció... Creí... Pero ¿cómo quereis que yo sospeche... De ningun modo.—Y además, estoy seguro, cuanto puede estarlo un hombre que apenas veia, de que la tal mensajera es mucho mas alta que vos.—Ya veo que os reis de mi aventura; pero no por eso es menos positivo que esa dama misteriosa me ha dado las señas de este aposento, y que por causa suya me encuentro en él.

BAR. Bien; pero con eso no me decís cuáles son vuestras intenciones, y en qué habitacion pensabais haber entrado.

PRÍNCIPE. En qué habitacion! Soy vuestro alumno y no deberia dar lecciones á mi maestra; pero permitidme advertiros que esa pregunta es algo indiscreta. Lo que sí os puedo asegurar, es que me hallo muy bien en vuestra compañía. (*vá á sentarse*.)

BAR. Eh! Qué haceis? Os vais á establecer aquí? Os ruego que os retireis al instante; y debeis agradecerme mucho que no hable á la Princesa de vuestros paseos nocturnos.

PRÍNCIPE. Oh! Bien podeis acusarme, porque me parece que esto la ha de importar muy poco.

BAR. (*sonriendo*.) Yo creo lo mismo.

PRÍNCIPE. (*admirado*.) Por qué razon?

BAR. (*Ah, qué idea!*) Por razones que tal vez no os serian muy gratas si las oyerais.

PRÍNCIPE. No, no. Decidme...

BAR. Es co a larga.

PRÍNCIPE. Qué importa? Yo no tengo prisa... (*se sientan los dos*.) Sentaos, y permitidme... Bien. Hablad. Os oigo siempre con tanto placer!...

BAR. Pues bien; sabed que he hecho un descubrimiento de la mayor importancia..., y como he prometido deciros la verdad...

PRÍNCIPE. (*acercando su silla*.) Yo os haré ver que no soy indigno de escucharla.

BAR. (*titubeando*.) Sabed... que la Princesa... no os ama.

PRÍNCIPE. Estais segura de eso?

BAR. Que si lo estoy? Lo podria jurar.

PRÍNCIPE. No me coge de sorpresa. Veinte veces me lo he dicho ya á mí mismo. Sin embargo, mis atenciones, la afectuosa solicitud con que procuraba siempre complacerla, creo que podrian suplir muy bien al amor que no me tiene. Todo mi conato se cifra en hacerla dichosa.

BAR. Dichosa!—No, porque si os digo que tengo hecha otra observacion...

PRÍNCIPE. Y cuál?

BAR. Que tampoco estais vos enamorado de la Princesa

PRÍNCIPE. Lo decís con un tono de seguridad...
 BAR. Tengo mil pruebas. Sois muy galante para con ella, eso sí; pero todavía no habeis renunciado á una sola partida de caza por el gusto verla.
 PRÍNCIPE. Es verdad.
 BAR. Cuando la veis de improviso, jamás se enciende vuestro rostro ni os palpita el corazón.
 PRÍNCIPE. También eso es mucha verdad.
 BAR. A estas dos verdades podría...
 PRÍNCIPE. Podría yo añadir la tercera, y la mas positiva de todas.
 BAR. Cómo!
 PRÍNCIPE. Que siento á vuestro lado lo que no siento al suyo.
 BAR. Qué decís?
 PRÍNCIPE. Sí, os amo, lo veo; hace tiempo que mi corazón lo sospechaba, aunque mi labio no os lo decia.
 BAR. (*sonriéndose.*) Y he de ser yo tan simple que lo crea, cuando no hace un instante que en pos de otra belleza...
 PRÍNCIPE. No. Creed que sola vos...
 BAR. Habeis olvidado la cita?...
 PRÍNCIPE. Qué no olvidaría yo á vuestro lado?
 BAR. Príncipe! Quereis burlaros de mí?
 PRÍNCIPE. Yo burlarme! No hay sacrificio de que no me sienta capaz para probaros que os adoro.
 BAR. Uno solo exigiria yo.
 PRÍNCIPE. Acabad. No vacilaré un momento.
 BAR. Si declarais luego al Gran Duque... tan pronto como lo veais... Pero en vano lo espero...
 PRÍNCIPE. Oh! Decid, qué he de declararle?
 BAR. Que renunciáis á la mano de su hija.
 PRÍNCIPE. Oh ventura! Creereis entonces que os amo?...
 BAR. Mirad que no por eso os doy ninguna esperanza: nada os prometo mi corazón...
 PRÍNCIPE. No importa. Sabreis á lo menos que reinais en el mio. Romperé esa alianza, puesto que vos lo quereis, y rompería todas las de Europa. Vos me amaréis luego... si podeis.
 BAR. Bien: acepto vuestra promesa.
 PRÍNCIPE. Por esos ojos haria yo imposibles.—Teneis algun otro mandato que imponerme?
 BAR. Si.
 PRÍNCIPE. Qué esperais? Decidlo. Soy vuestro esclavo.
 BAR. Que os vayais al momento.
 PRÍNCIPE. Os obedezco; pero permitidme que bese primero esta mano celestial.
 BAR. Sea.
 PRÍNCIPE. Ah! Y que os diga...
 BAR. Qué?
 PRÍNCIPE. Que si no me amais mucho, y muy pronto, seréis la mas ingrata de las mujeres. (*vase por la puerta de la derecha y se le oye cerrar con llave por defuera.*)

ESCENA X.

La PRINCESA, la BARONESA, el CONDE.

PRINCESA. Oh mi ángel tutelar! Ven á mis brazos. Cuánto te debemos!
 CONDE. Me habeis vuelto la vida.
 PRINCESA. Tu rompes los lazos de ese himeno fatal.
 BAR. Sed felices, y esta sea mi recompensa.
 PRINCESA. Querido Ernesto, tú sabes cuan cara me es tu presencia, pero es forzoso que te retires. Mi padre se separó de mí receloso, inquieto. Si volviera... No nos expongamos á destruir nuestra esperanza.
 CONDE. Alejarme ya de tus ojos!
 PRINCESA. Es forzoso.—(*abre la ventana de la derecha y la Baronesa abre al mismo tiempo la de la izquierda.*)

da. Descubrense árboles cubiertos de nieve, y el lago que se extiende hasta perderse de vista.) Gran Dios El Lago y el jardín estan cubiertos de nieve!

CONDE. Qué importa?

PRINCESA. No, detente! Qué vas á hacer? Mis damas y yo habitamos solamente este ángulo del palacio. Si luego se ven las huellas de tus pies, somos perdidos.

CONDE. No es infundado tu temor... pero qué hemos de hacer?— Probemos. Correré con tanta ligereza...

BAR. (*poniendo su pié al lado del del Conde.*) Si; facil es que se confundan vuestras pisadas con las nuestras.

CONDE. Hasta los elementos se conjuran contra mí!

BAR. Quizá duerme todavía el centinela... (*yendo á la puerta por donde se fué el Príncipe.*) Ay! peor es esto, que estamos encerrados!

PRINCESA. Dios mio!

CONDE. Contratiempo cruel!

BAR. Nada!... (*probando á ver si puede abrir.*) El Príncipe ha dado dos vueltas á la llave, y es imposible abrir por dentro.

CONDE. No lo es menos el romper la cerradura sin hacer ruido.

PRINCESA. Desdichados de nosotros! Qué partido tomaremos? Inspiramos, oh amor!

BAR. Qué ven mis ojos! Junto á esa ventana han dejado un trineo. Sin duda es uno de los que ayer surcaban el hielo de ese lago. Ah! Qué idea! La amistad ha sido mas inspiradora que el amor.

PRINCESA. Qué dices!

BAR. Vais á salvaros. Pronto, un cordon..., una cinta...

CONDE. Tomad.—(*quitándose del cuello la condecoracion que le dió el Príncipe.*) No..., que es la orden de Neubourg!

BAR. Este cinturon es mas largo y de mas resistencia. (*tomándolo del tocador.*)

PRINCESA. Matilde!

BAR. No hay otro arbitrio.. Ya está. (*al Conde.*) Sentaos.—Yo delante.—(*á la Princesa.*) Vos detrás.

PRINCESA. Ah! Sí.— Bien haya tu ingenio!

CONDE. Y he de permitir...

BAR. (*haciéndole entrar en el trineo.*) Pronto! No hay que afligirse, que no nos helaremos. La Princesa os ama demasiado, y no es posible que sienta frio. A mí me sirven de abrigo el miedo y la amistad.—Estamos ya?

PRINCESA. Sí.

BAR. Pues silencio! Y marchemos con cuidado.

CONDE. Luisa mia!

PRINCESA. Silencio! (*se vé andar el trineo, guiándole la Baronesa asida del cinturon y empujándole la Princesa por detras, y á pocos momentos cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

El CONDE solo.

CONDE. Al fin ya luce el sol! Jamás habia yo conocido el miedo hasta esta noche. Oh adorada Luisa! A qué peligro te has arrojado por mi amor! . ¿Si habremos sido observados... No lo creo. La intemperie, la obscuridad... Sin embargo, no saldré de inquietud hasta ver á mí Luisa, ó á lo menos á Matilde. (*s' pasea pensativo.*)

ESCENA II.

El CONDE VILHEM.

VILH. Voto á sanes! Si encontrase yo alguno á quien contar el suceso que me ha sucedido... (*viendo al conde.*) Pardiez, ahí esta uno de los señores de la corte... Toma! y nada menos que el favorito del Gran Duque. No podía yo topar con otro mas..., vamos al decir, mas punitiparado.

CONDE. (Hola, el jardinero consabido, el mensajero del Príncipe, ó por mejor decir, el mio!)—Qué buscas por aquí, Vilhem?

VILH. Toma! Al que mandruga Dios le ayuda, como dijo el otro; y no es cosa de estarse un hombre repanchigado cuando entadía no es mas que primer jardinero enjuto.

CONDE. Cómo enjuto?

VILH. Pues; porque hay otro primer jardinero.

CONDE. Ya; y tú eres su adjunto. No es eso lo que querías decir?

VILH. Si, eso.—Arjuntó. Desde anoche lo soy. Parece que el señor Príncipe de Neubourg, que es un digno alteza mejorando lo presente, le ha echado alguna endireta al intendente de los jardines, porque me ha dicho su intendencia: «Vilhem, desde ahora en adelante eres jardinero en jefe en comunidad con Bertoldo, que se vá haciendo viejo.

CONDE. Vaya, hombre, me alegro. Estarás muy contento?

VILH. Quiá! Todo lo contrario. Le parece á su vueenía que es muy agradable para uno eso de ser dos? Yo quisiera ser solo, para estar más á mis anchas.

CONDE. (Va á perder la cabeza este pobre diablo! Oh ambicion! A quién perdonas?)

VILH. Bien pudierais hacerme un corto favor, señor Conde.

CONDE. Qué quieres?

VILH. Que os empeñeis con el soberano para que me oiga cuatro palabras. Tengo que darle una noticia que vale un dineral.

CONDE. Tú, Vilhem!

VILH. Yo en persona. Es una estruchada que he descubierto, ó... cómo quién dice... una conspiracion.

CONDE. Conspiracion!.. Habla: dime..

VILH. No; eso nones, que si os lo digo, la noticia será vuestra y no mia..

CONDE. Ya; no quieres perder las albricias.—Bien: haré que hables al Gran Duque.

VILH. Si, pero no hay que descuidarse, porque si otro lo descubre antes que yo, y le hacen mal de ojo á mi noticia, todo es perdido.

CONDE. Entiendo. Y cuáles son tus pretensiones?

VILH. Toma! Yo... qué me se yo? Lo que quiero yo es subir lo mas alto que pueda, y para esto no es menester mas que una buena conjetura.

CONDE. Coyuntura, dirás.

VILH. Pues; y un poco de maña; y sino ahí estais vos que no me dejareis mentir.

CONDE. Cómo!...

VILH. Sí, porque hoy en dia sois un gran Señor, y dicen malas lenguas que cuando vinistes á la corte nadie sabía quién erais ni de dónde veniais.

CONDE. (*sonriendo.*) Cierto; mas para medrar tenía buen cuidado de no incurrir en ninguna indiscrecion, y la que tú acabas de cometer, bastaria para destruir las mas sólidas esperanzas.

VILH. Ah Dios mio! Apostemos á que he dicho alguna bestialidad.

CONDE. Poco menos; y cualquiera otro en mi lugar...

VILH. Bien podeis perdonar, que no lo he hecho adrede.—Toma! Y yo soy muy abonado para soltar... asi... otro rebuzno semejante á vista y tolerancia del mismo su alteza.—Ah! Si fuerais tan bonachon que cuando fuera yo á encajar alguna de las mias quisierais avisármelo, ó hacerme siquiera una seña... Porque ya veis que yo no soy tan animal como parezco, y con media palabra ó un guiño...

CONDE. Buena comision por cierto! (Y por qué no he de complacerle? Soy feliz y quiero que todo el mundo lo sea.)—Escucha, Vilhem; cuando hables á S. A., ten las ojos siempre fijos en mí, y cuando note yo que vas á decir alguna simpleza, me llevaré la mano á la gola. Entiendes? De este modo...

VILH. Perfectamente! Cuando os agarreis la collareta no hay mas que virar de proa y tomar otro rumbo...

CONDE. Basta, que ya viene el Gran Duque. Retírate: yo te llamaré cuando convenga.

ESCENA III.

El CONDE, el GRAN DUQUE.

DUQUE. Oh mi querido Ernesto! Mucho me alegro de verte.

CONDE. Será tanta la bondad de V. A. que olvide...

DUQUE. Sí, el afecto que siempre te he tenido me mueve á olvidar tu imprudencia. Quizá fuí ayer demasiado severo, pero atentar al respeto que mi hija se merece, es hacerme la mayor injuria.

CONDE. Greed señor, que jamás...

DUQUE. No hablemos mas de eso.

CONDE. Tiene V. A. algunas órdenes que darme?

DUQUE. No, conde; pero una vez que estamos solos, quiero consultarte sobre una aventura de que he sido testigo, y que me da mucho en que pensar. Anoche tuve una conversacion con mi hija que me agitó un poco, y tanto por esto como por los cuidados del gobierno, no podia dormir. Me ocurre abrir una ventana, y sobre el lago que estaba todo cubierto de nieve, veo á un hombre en un trineo...

CONDE. (Gran Dios!)

DUQUE. Conducido por dos mujeres que no pude reconocer por la oscuridad y la distancia. Apenas llegan á la orilla opuesta, sale el hombre ligeramente del trineo, pone la rodilla en tierra, abraza á sus dos conductoras, y desaparece.

CONDE. ¿Y no habeis reconocido?...

DUQUE. A ninguno de los tres.

CONDE. (Respiro!)

DUQUE. Qué piensas tú de una ocurrencia tan singular?

CONDE. En verdad, señor, no sé á qué atribuir... Quizá alguno de vuestros pajes...

DUQUE. Es probable; pero lo que yo extraño...

CONDE. (Mudemos de conversacion.)—Uno de vuestros jardineros acaba de decirme, que desea hablar á V. A., y yo me he tomado la libertad de ofrecerle...

DUQUE. Has hecho bien. Le escucharé con gusto.

CONDE. Está esperando... (*vá hasta la puerta.*) Entra, Vilhem, y habla sin temor.—Parece que ha descubierto no sé qué intriga.

DUQUE. Acércate. Qué tienes que decirme?

VILH. Voy al caso, S. A. (*mirando de cuando en cuando al Conde.*) Yo soy vuestro mas humilde y respetable criado, mejorando lo presente.

DUQUE. Bien.

VILH. Estaba yo anoche sin poder cerrar los ojos, porque loado sea Dios, no duermo ni sosiego desde que soy jardinero de palacio. (Bien vá! Hasta ahora no he soltado ningun par de coces!)

DUQUE. A delante.

VILH. Dando vueltas y mas vueltas, y cavilando y mass cavilando en mi cama, hete aquí que se me viene á la mientes que S. A. me mandó por la mañana recoger y amarrar los trineos que aun quedaban sobre el lago.

DUQ. Los trineos...

VILH. Voy al caso, S. A.... (viendo que el Conde hace un movimiento.) Es decir, S. A. no me tendrá rencor si le confieso de plano, que maldito si yo me habia acordado en todo el dia de semejante precepto... Ea, Vilhem, fuera pereza!, dije yo para mí; pongo manos á la obra, y soplándome los dedos que era un contento, habia ya recogido tres ó cuatro, cuando... sin decir oste ni moste, rris! Se abre de par en par la ventana del cuarto de la Princesa... (el Conde se lleva la mano á la gola rápidamente.)

CONDE. (Oh cielo!)

VILH. No, no. Lo he trabucado.

DUQ. Su ventana!

VILH. No. Cá! No, señor.

DUQ. ¿Pues no decias...

VILH. Son pifias que yo suelo dar. (mirando siempre al CONDE que le hace señas.) No era la ventana la que se abria, sino... la puerta.

CONDE. (Qué martirio! ¿Cómo interrumpir...)

DUQ. (Mis sospechas...) Prosigue; no te turbes.

VILH. (Ya sudo cada gota... Dios ponga tiento en mi lengua.)

DUQ. Qué esperas? Habla.

VILH. Voy al caso.—Pues señor, sin alabancia, yo tenia un miedo heróico, y mi primer pensamiento fué gritar: «Ladrones!» Pero me pareció mas prudente el agazaparme detrás de un trineo. Dicho y hecho: me agacho, no resuello, y veo clara y destintamente... Qué vi yo?... Un... una mujer.

DUQ. Una mujer!

VILH. No, no. No era tal.

DUQ. Una mujer!

VILH. Si digo que no! Sino que... el miedo... y estas explicaderas... Cuando yo digo una mujer, quiero decir un hombre.

DUQ. Un hombre salia de aquella habitacion?

VILH. Sí... No. (Ay! dónde me he metido yo?) Señor Gran Duque, yo soy hombre de verdad, y no porque lo diga yo; pero...

DUQ. Responde pronto.—Era un hombre?

VILH. Em... eso es lo que yo no me atreveria á jurar. Cómo he de decir yo que vide un hombre? Lo que yo vide era una capa y un sombrero.

DUQ. Habla claro, ó teme mi furor.

VILH. Voy al caso.

DUQ. Era un hombre?

VILH. No, señor.

DUQ. Una mujer?

VILH. No, señor.

DUQ. Una capa?

VILH. No, señor. Yo no vide nada, nada, ni gota. Sino que mi celo, mi lealtad..., mi plaza de jardinero, la nieve, la..., el trineo, los... En fin, ya os he contado fielmente todo el suceso.—(Uf!) Válgame la Magdalena! (se limpia el sudor.) (Pues digo! Hecha un trapo está ya la collareta de ese buen señorito.—Nunca hubiera yo creído que era tan agonioso y tan plagiado eso de hablar á una alteza.)

DUQ. Qué te parece, Ernesto? Este hombre ha perdido la cabeza, ó se quiere burlar de mí..., ó no sé qué pensar. Le recomiendo á tu vigilancia.

VILH. (Santo Dios! Habré disparado alguna brutalidad, y de esta hecha me emparedan por lo menos. Perra ambicion! Bien me estaba yo cautivando la tierra, sin meterme á palaciego.)

DUQ. Que venga el oficial de servicio á asegurarse de él. Anda y guarda el mas profundo silencio.

CONDE. Sereis obedecido.—(Dios de bondad, mira por nosotros!) (vase el CONDE.)

ESCENA V.

El GRAN DUQUE, VILHEM.

VILH. (Eh! Ya estamos solos y cara á cara. Qué vá á ser de mí?)

DUQ. Ven acá. El miedo, ú otro motivo que no comprendo, te ha impedido hablarme con libertad. Persuádetes á que conmigo no hay ningun riesgo en decir la verdad, y mucho en engañarme.

VILH. (temblando.) Sí, señor.

DUQ. Responde ahora.—Tú has visto esta noche á un hombre en un trineo, conducido por dos mujeres. Yo lo sé.

VILH. Ah! ¿Con qué S. A.—Pues por la Virgen Santísima no se vaya á figurar S. A. que yo se lo he dicho.

DUQ. Y estás tú bien seguro de que la ventana que se abrió es del cuarto de mi hija?

VILH. Sí, señor, S. A. Lo juro por Dios y esta cruz.

DUQ. Y cuál te parece á tí que pudo ser el motivo?

VILH. Yo pensé, salvo sea el respeto de S. A., que algun honrado ladron se entendia con cualquier moza de retrete, pongo por comparanza, y se colaba de noche para...

DUQ. Eso es lo cierto. Tu sospecha era fundada.

VILH. Diantre! Con qué yo habia dado en el hito?

DUQ. Y nada oiste?

VILH. Si tal. Cuando pasaron por cerca de mí, dijeron unas palabras que yo no sé lo que senifican.

DUQ. Pero las tienes en la memoria?

VILH. Toma! Como el Padre nuestro. Una de las mujeres decia á media voz... «Ah! Solo tiemblo por mi esposo...»

DUQ. Su esposo!

VILH. Entonces la otra saltó y dijo... «por todas partes nos pueden ver. Cacia dónde guiaremos?»—Y la primera dijo: «por aquí no hay mas ventanas que las de mi padre...»

DUQ. Qué oigo!

VILH. «Y vale mas caer en las manos de mi padre, que en las de otro.»

DUQ. (conmovido.) Eso dijo?

VILH. Sí, señor. Y ya no pude oir mas. Luego dempués desembarcó el hombre y se volvieron las mujeres solas por donde habian venido, y yo acabé de amarrar los trineos; y cuando ya me retiraba, cate V. A. que me encuentro encima de la nieve esta cinta con este colgajo. (Mostrando la insignia que dió el Principe al Conde de Linsberg. El Gran Duque la toma.)

DUQ. (La órden de Neubourg! ¿Habrá sido el Principe... Extraña idea! Cómo es creible?... Sin embargo, esta es la condecoracion que lleva ordinariamente, y no hay otro que la tenga en mi córte.)

ESCENA VI.

Los precedentes, la BARONESA.

DUQ. Ah! Bien venida, Baronesa.—(Retírate tú, y si no quieres morir ahorcado, (aparte á Vilhem) guárdate de referir á nadie lo que me has dicho!)

VILH. No hay cuidado, Su Alteza. (Ah! Bien pudiera yo ver que se llevaban á cuestras el palacio entero, que mal año si decia yo: esta boca es mia: una y no mas!)

ESCENA VII.

El GRAN DUQUE, la BARONESA.

BAR. (Todo me lo ha confiado Linsberg. Procuremos averiguar...)—Vengo de parte de la Princesa á preguntaros si habeis pasado bien la noche.

DUQ. Gracias.—Tengo que hablar con mi hija, y con vos tambien, Baronesa.

BAR. (Gran Dios! Qué seriedad!)

DUQ. Deseo ver aclarado un misterio que se esconde á mi penetracion.

BAR. (Ah! Nada sabe.)

DUQ. Y espero que vos... Pero quien viene á interrumpirnos?

ESCENA VIII.

Los precedentes, el PRINCIPE.

PRINCIPE. Yo, que vengo á pedir os un momento de audiencia.—(á la Baronesa.) (Ya veis que soy hombre de palabra.)

DUQ. Estoy pronto á escucharos. (á una seña del Duque vá á retirarse la Baronesa y la detiene el Principe.)

PRINCIPE. No; bien podeis estar presente á nuestro coloquio.

DUQ. En efecto, puede sernos útil su presencia... Ante todas cosas os debo restituir esta cruz, que uno de mis jardineros encontró esta madrugada sobre el lago. Supongo que ya comprendereis.

PRINCIPE. No; esa insignia no me pertenece. Ayer se la di al Conde de Linsberg.

DUQ. Qué decis! Al Conde de Linsberg!

BAR. (Imprudente!)

PRINCIPE. Sí; y al amanecer le he remitido el diploma; pero el conde no estaba en su habitacion, ni ha dormido en ella. Asi lo dicen sus criados.

DUQ. (Oh cielo!)

BAR. (Somos perdidos!)

PRINCIPE. Qué es esto? He cometido por ventura algun desacierto en honrar al mas fiel y valeroso de vuestros súbditos?

DUQ. Teneis razon: el deber de un principe es recompensar la fidelidad y castigar la traicion... Pero... os ruego que me perdoneis. En otra ocasion hablaremos despacio... Ahora deseo estar solo.

BAR. Ah Señor! (en ademan suplicante.)

DUQ. Basta. Retiráos.

BAR. Obedezco.—(aparte al Principe yéndose.) Ah! Qué habeis hecho?

PRINCIPE. (No comprendo... Sin duda la fatalidad me ha hecho cometer alguna nueva imprudencia.—Sigo á Matilde. Sabré cuál es mi error y haré cuanto pueda por repararlo.) (saluda al Gran Duque y se vá.)

ESCENA IX.

El GRAN DUQUE solo.

DUQ. Cruel evidencia! Linsberg, Linsberg casado en secreto con Luisa! Ingrato! Asi pagan mis beneficios!—Oh Ernesto! Tú que tanto debes á mi ternura, á mi clemencia; tú á quien hoy mismo, en presencia de mi córte iba á declarar... (irritado.) Yo me vengaré... (deteniéndose con dolor.) Y de quién? Y cómo? No es el mal irreparable? Y qué! Ha de quedar impune?—Cuál van á temblar cuando mi labio pronuncie... Breve será mi venganza, pero terrible. (volviendo y viendo á la Princesa.) (Es Luisa...) Hola! ¡Roberto! (sale

un criado.) Busca al Conde de Linsberg y que venga aquí al momento.

ESCENA X.

El GRAN DUQUE, la PRINCESA.

PRINCESA. No veia volver á la Baronesa y mi inquietud... Ha dormido bien V. A.? (el Duque la toma la mano y la lleva hácia el proscenio.)

DUQ. He conocido, despues de la conversacion que tuvimos anoche, que debo reparar un error.

PRINCESA. Vos, padre mio!

DUQ. Y muy grande. En vano quisiste disfrazar anoche tus verdaderos sentimientos. A pesar de tu aparente conformidad, yo vi que tu casamiento con el Principe de Neubourg te haria desgraciada; y tú sabes si mi primer conato ha sido siempre el de tu felicidad!

PRINCIPE. Ah señor! Ah padre!..

DUQ. Sosiégate. Ahora no se trata de eso. Voy á revelarte un secreto importante que guardo en mi alma muchos años hace; un secreto de que pende mi felicidad.—Perdona, yo no he debido ocultártelo tanto tiempo. ¿En quién mejor podria yo depositar mi confianza que en una hija querida; en ti, que eres mi mejor amiga?—Oh Ernesto! (viéndole venir.) Ven, acércate, que no debe serte indiferente nuestra conversacion.

ESCENA XI.

Dichos y el CONDE.

PRINCESA. (Yo tiemblo. Qué secreto será el suyo?)

DUQ. Vas á decirme la verdad.—(á su hija tomándola la mano.) Ocupa Ernesto algun lugar en tu corazon?

PRINCESA. Qué decis!

CONDE. Ah, señor! Por piedad...

DUQ. Responde!

PRINCESA. Siempre he rogado al cielo que le haga venturoso.

DUQ. (al Conde y le toma la mano.) Y á ti, ¿no te ha inspirado Luisa algun afecto...

CONDE. No ignorais, señor, el respeto y la adhesion con que siempre he mirado á vuestra augusta familia.

DUQ. Mucho me complazco en oiros. Sabed ahora los dos un arcano que nadie ha podido penetrar. Escuchadme.—(Qué turbados están!)

PRINCESA. (Qué misterio!)

CONDE. (No sé qué pensar.)

DUQ. Ernesto, yo te he mostrado siempre el mas tierno cariño. Yo te he colmado de beneficios y de honores. Será posible que tu corazon no te haya hecho comprender...

CONDE. (Gran Dios! Qué terrible sospecha!...)

PRINCESA. (Me estremezco á pesar mio...)

DUQ. Ignoras á quien debes la vida... y ¿cual hubiera sido tu suerte, si mi compasion, si mi cariño no te hubieran probado...

PRINCESA. Acabad.

CONDE. Yo tiemblo.

DUQ. Querido Ernesto! Hijo mio!

CONDE. Vuestro hijo!

PRINCESA. Eterno Dios!

(La Princesa se postra á los pies de su padre: el Conde hace lo mismo y se cubre el rostro con las manos. El Gran Duque los mira un instante en silencio, y sonriéndolos e despues con bondad los toma de la mano y los hace levantar.)

DUQ. De dónde nace ese terror?... Luisa.... Er nesto..., hijos mios, levantaos.

Los precedentes, el PRÍNCIPE.

PRINCESA. Vuestro hijo!
 DUQ. Y á qué vienen esas exclamaciones de dolor? Claro está que es mi hijo... , puesto que es tu marido.
 CONDE. Qué decís! Oh sorpresa! Oh ventura!
 PRINCESA. Me habeis vuelto la vida. ¡Cuánta es vuestra bondad, cuánto... De gozo no puedo hablar.
 DUQ. Sí, todo lo sabía, y aunque mi justa cólera me impelia á castigaros con la mayor severidad... la ternura con que os miro, apenas me ha permitido un momento de venganza.
 CONDE. Señor!
 DUQ. La córte viene. Ahora sabrás quién fué tu padre.

ESCENA XII.

Los precedentes, la CONDESA, la BARONESA, el MARQUÉS, damas y cortesanos.

DUQ. Amigos míos, quiero que seais los primeros en tribular vuestros respetos y parabienes al esposo de mi hija.
 MAR. Será un grande honor para todos los súbditos de V. A.—(bajo á la Condesa.) (Por fin, ya vá á declararse el matrimonio.)
 DUQ. (presentando al Conde.) Hé aquí mi yerno.
 MAR. (ap. á la Condesa.) (Linsberg!—Es posible?)
 CONDESA. (Qué dirá el Príncipe de Neubourg?)
 BAR. (Ah!) (Vase corriendo y vuelve luego con el Príncipe.)
 DUQ. Vais á oír otra declaracion no menos importante y satisfactoria. En vida de mi augusto padre salió desterrado de la Corte mi primo Leopoldo, y fué el motivo de su desgracia, ignorado hasta ahora, el haberse casado en secreto con una dama extranjera... Fruto fué de aquel enlace mi sobrino Ernesto, á cuyo nacimiento apenas sobrevivieron dos años sus desgraciados padres. Yo amparé al illustre huérfano; yo le he protegido y honrado despues como habeis visto, y cual lo han merecido sus virtudes; y antes de revelar-le los vínculos que nos unen, he querido que su espada le ennobleciera no menos que su cuna.
 PRINCESA. Oh padre mio!
 CONDE. Mi bienhechor! (vá á arrodillarse.)
 DUQ. No, no... Ven... Venid á mis brazos.

PRÍNCIPE. Bien, bien! Sea mil veces en hora buena. Instruido de la verdad por la Baronesa de Vedel, yo venia á relevaros de la palabra que me disteis, y á interceder por ello.—La bondad de V. A. se ha anticipado á mi súplica.
 BAR. (ap. al Príncipe.) (No importa. Vuestra maestra está muy contenta de vos.)
 PRÍNCIPE. (De vos sola depende el estarlo mas todavía).— Dings-berg os felicito con toda la sinceridad de mi alma. Siempre seré vuestro amigo; pero vos no volvereis á ser mi secretario.
 CONDE. Que! ¿Sabeis...
 PRÍNCIPE. Bien conozco que vos no podiais hacer otra cosa. El yerro fué mio. Irme á dirigir justamente al marido!... Supongo que no me guardaréis rencor, eh? Para probármelo vais á negociar mi boda con la Baronesita. Sí; habládla en mi favor, y... No sé si en daros esta comision cometeré tambien alguna imprudencia.
 BAR. (sonriendo y mirándole con benevolencia.) Bien pudiera ser.—Pero ¿necesitais acaso de intercesores para conmigo?
 PRÍNCIPE. (enajenado.) Ah Matilde!
 DUQ. Hoy se celebrará solemnemente vuestro enlace.
 PRÍNCIPE. (á la Princesa.) Me permitireis ser vuestro padrino? Alguna parte he de tener yo en la boda.
 PRINCESA. Si no mienten los ojos de Matilde, yo seré madrina de la vuestra.

FIN DE LA COMEDIA.

MADRID, 1862:—Imp. de PASCUAL CONESA. Calle de Toledo, núm. 69, Junto á San Millán.

ESCENA IX.

DUQ. (Queriendo hablarle.) ¡Hijo mio!
 CONDE. (Veniendo.) ¡Hijo mio!
 PRINCESA. (Entrando.) ¡Hijo mio!
 (La Princesa se acerca á los pies de su padre: el Conde hace á lo tanto y se cubre el rostro con las manos. El Duque le dice los más un instante en silencio, y se acerca y después con fondea los toma de la mano y los hace levantar.)

El depósito de estas Comedias, que estaba en la librería de Cuesta, calle Mayor, se ha trasladado á la de las Carretas, n. 8, librería de D. Vicente Matute.

Continúa la lista de la Biblioteca, el Museo y Nueva Galería dramática, inserta en las páginas anteriores.

Andese usted con bromas, t. 1.	5 5	—Bravo y la Cortesana de Venecia, t. 5.	3 10	—buena ventura, t. 5.	4 8	Perdon y olvido, t. 5.	2 6
A cuírel desde el convento, t. 3	6 9	El Alba y el Sol, o. 4.	4 10	—lusion y la realidad, t. 4.	5 8	Para que te comprometas!! t. 1.	2 3
Arriñuez Tembleque y Madrid, 5.	5 15	El aviso al público ó fisonomista, 2	2 5	—huerfana de Flandes ó dos madres, t. 3.	5 5	Pobre martir! t. 5.	3 3
A buen tiempo un desengaño, o. 1	2 3	—rival amigo, o. 1.	2 5	Los boleros en Londres, z. 1.	4 6	Pobre madre!! t. 3.	1 7
A Manila! con dinero y esposa, t. 1	3 4	—rey niño, t. 2.	4 3	La conciencia, t. 5.	5 12	Para un apuro un amigo, o. 1.	3 3
Ah!!! t. 1.	3 3	—Reyd. Pedro, ó los conjurados.	4 8	—hechicera, t. 4.	4 4	Pagars del esterior; o. 3.	3 4
Al fin quien la hace la paga, o. 2.	3 5	—marido por fuerza, t. 3.	2 6	—hija del diablo, t. 3.	4 4	Por un gorro! t. 1.	3 3
Apostata y traidor, t. 3.	2 6	—Juego de cubiletes, o. 1.	2 2	—desposada, t. 3.	4 4	Qué será? ó el duende de Arriñuez, o. 4.	3 5
Agustín de Rojas, o. 3.	2 10	El amor á prueba, t. 1.	2 5	Lo que son hombres!! t. 3.	1 3	Ricardo III, (segunda parte de los Hijos de Eduardo) t. 5.	4 12
Abenabó, o. 3.	2 8	—asno muerto, t. 5 y p.	3 12	Los chalecos de su excelencia, t. 3	2 2	Rocio la buñolera, o. 1.	3 9
Amores de sopetón, o. 3.	5 3	—Vicario de Wackefeld, t. 5	5 10	Lino y Lana, z. 1.	4 7	Sara la criolla, t. 5.	3 7
Amor y abnegación, ó la pastora del Mont-Cenis, t. 5.	5 7	—El bien y el mal, o. 1.	1 5	Las hijas sin madre, t. 5.	2 6	Subir como la espuma, t. 3.	4 8
A caza de un yerno! t. 2.	3 5	El ángel malo ó las germanías de Valencia, o. 5.	2 13	La Zarina, t. 5.	2 8	Simon el veterano, t. 4 pról.	5 10
Amor y resignación, o. 3.	2 2	—mudo, t. 6. c.	2 10	—Virtud y el vicio, t. 5.	2 3	Satanás! t. 4.	2 14
Rodas por ferro-carril, t. 1	2 3	—genio de las minas de oro, má-gia, o. 3	5 9	—cuestión es el trono, t. 4.	2 3	Samuel el Judío, t. 4.	1 15
Beso á V. la mano, o. 1.	2 3	En las partes cuecen habas, o. 1.	2 5	—despedida ó el amante á dieta, t. 1	2 3	Será posible? t. 4.	2 5
Bias el armero, ó un veterano de Julio, o. 3.	1 6	El parló de los montes, o. 2.	2 5	Lo que quiera mi muger, t. 1.	2 2	Soy mu... bonito, o. 1.	2 7
Berta la flamenca, t. 5.	5 9	—que de ageno se viste, o. 1.	3 6	Las dos primas, o. 1.	2 2	Sea V. amable, t. 1.	3 5
Ben-Leiló el hijo de la noche, t. 7.	5 11	—carnava de Nápoles, o. 3.	3 8	La codorniz, t. 1.	2 8	Tres pájaros en una jaula, t. 1	2 3
Consecuencia de un peinado, t. 3	4 8	—rayo de Andalucía, o. 4.	4 12	Laura, ó la venganza de un esclavo, 5, pról. y epil.	3 15	Tres monstras de una mona, o. 3	3 3
Cuento de no acabar, t. 1.	2 2	—Trirero de Madrid, o. 1.	2 5	La peste negra, t. 4 y pról.	3 8	Tentaciones!! z. 1.	1 3
Cada loco con su tema, o. 1.	1 3	Es la chachi, z. o. 1.	1 2	—cosa urge!! t. 1.	3 5	Tres á una, o. 1.	3 3
48 mugeres para un hombre, t. 1.	4 3	El tortillo de la Condesa, t. 1.	2 4	—muger de los huevos de oro, t. 1	4 5	Tal para cual ó Lola la gaditana, z. o. 1.	2 4
Conspirar contra su padre, t. 5.	1 10	El médico de los niños, t. 5.	4 5	—Independencia española, ó el pueblo de Madrid en 1808, o. 3.	3 8	Tiró el diablo de la manta, o. 1.	3 5
Celas maternales, t. 2.	3 5	Es V. de la boda, t. 3.	3 7	Lo que falta á mi muger, t. 1.	2 3	Too es jasta que me enfae, o. 1.	3 10
Galavera y preceptor, t. 3.	5 5	Fé, esperanza y Caridad, t. 3.	3 8	Lo que sobra á mi muger, t. 1.	3 2	Viva el absolutismo! t. 1.	5 3
Como marido y como amante, t. 1.	1 2	Favores perjudiciales, t. 1.	2 5	La paz de Vergara, 1839, o. 4.	3 10	Viva la libertad! t. 4.	5 6
Cuidado con los sombreros!! t. 1.	4 2	Gonzalo el bastardo, o. 5.	4 9	—sencillez provinciana, t. 1.	2 1	Una muger cual no hay des, o. 1	1 3
Curro Bravo el gaditano, o. 3.	2 5	—torre del águila negra, o. 4.	3 8	—flor de la canela, o. 4.	3 8	Una muger, o. 1.	3 3
Chaquetas y fraques, o. 2.	4 6	—flor de la canela, o. 4.	2 2	Los celos del tío Macaco, o. 1.	2 7	Una camisa sin cuello, o. 1.	3 4
Con título y sin fortuna, o. 3.	6 7	Hablar por boca de ganso, o. 1.	2 2	La venganza mas noble, o. 5.	2 3	Un amor insoportable, t. 1.	2 5
Casado y sin muger, t. 2.	2 4	Homoeopáticamente, t. 1.	2 2	La serrana, z. 1.	2 2	Un ente susceptible, t. 1.	2 3
Dos familias rivales, t. 5.	2 8	Han Providencia! o. 3	2 5	—flor de la canela, o. 4.	2 5	Un tarde aprovechada, o. 4.	2 4
Don Ruperto Culebrín, comedia zarz., o. 2.	4 12	Harry el diablo, t. 3.	3 8	Las dos bodas, desahuciada, o. 1.	2 3	Un suicidio, o. 1.	1 5
D. Luis Osorio, ó vivir por arte del diablo, o. 3.	5 20	Herir con las mismas armas, o. 1.	1 3	Los toros del puerto, z. 1.	2 3	Un viejo verde, t. 1.	1 2
Dido y Eneas, o. 1.	4 1	Ilusiones perdidas, o. 4.	4 7	La sal de Jesus, z. 1.	2 2	Un hombre de Lavapies en 1808, o. 3.	2 10
D. Esdrújulo, z. 1.	1 1	Juan el cochero, t. 6c.	2 8	Lola la gaditana, z. 1.	2 4	Un soldado voluntario, t. 3.	4 7
Donde los toman las dan, t. 1.	1 2	Jacó, ó el orang-után, t. 2.	1 5	La velada de San Juan, o. 2.	3 9	Un agente de teatros, t. 1.	2 4
Decretos de Dios, o. 3 y pról.	3 7	Juzgar por las apariencias, ó una maraña, o. 2.	1 5	La eleccion de un alcalde, o. 1.	2 4	Una venganza, t. 4.	2 10
Droguero y confitero, o. 1.	3 3	Jaque al rey, t. 5.	3 5	Los huérfanos del puente de nuestra Señora, 7 c.	2 5	Una esposa culpable, t. 4.	2 3
Desde el lejado á la cueva, ó desdichas de un Boticario, t. 5.	3 6	Los calzones de Trafalgar, t. 1.	2 2	La poli. la de los partidos, o. 3.	2 5	Un gallo y un pollo, t. 1.	2 5
Don Currilo y la cotorra, o. 1.	5 5	La infanta Oriana, o. 3 magia.	3 15	—cigarrera de Cádiz, o. 1.	2 4	Una base constitucional, t. 1.	2 2
De todas y de ninguna, o. 1.	4 3	—pluma azul, t. 1.	3 6	—La mensajera, o. 2, ópera.	3 4	Ultimo á Dios!! t. 1.	4 2
D. Rufio y Doña Termola, o. 1.	2 6	—batera zarz. 1.	3 3	Las hadas, ó la cierva en el bosque, t. 5.	3 4	Un prisionero de Estado ó las apariencias engañan, o. 3.	4 4
De quien es el niño, t. 1.	2 6	—dama del oso, o. 3.	1 2	La cuestion de la botica, o. 3.	2 6	Un viage al rededor de mi muger, t. 1	2 3
El dos de mayo!! o. 3.	2 10	—rucca y el canamazo, t. 2.	3 3	Leopoldina de Nivara, t. 3.	3 8	Un doctor en dos tomos, t. 3.	2 4
El diablo alcalde, o. 4	1 4	Los amantes de Rosario, o. 1.	1 1	La novia y el pantalon, t. 1.	3 3	Urganda la desconocida, o. má-gia, 4.	2 5
El espantajo, t. 1.	2 2	Los votos de D. Trifon, o. 1.	1 2	La boda de Gervasio, t. 1.	2 4	Una pantera de Java, t. 1.	2 5
El marido calavera, o. 2.	2 5	La hija de su yerno, t. 1.	2 3	La diplomacia, o. 3.	4 5	Un marido buen mozo, y uno feo, 1	3 3
El camino mas corto, o. 1	2 5	La cabaña de Tom, ó la esclavitud de los negros, o. 6 c.	5 15	La serpiente de los mares, t. 7. c.	2 11	Zarzuelas con musica, propiedad de la Biblioteca.	
El quince de mayo, zarz. o. 4.	3 5	La novia de encargo, o. 4.	2 3	Lo que son suegras, t. 1.	2 2	Geroma la castañera, o. 1.	
Economías, t. 1.	4 3	La camara roja, t. 3 a. y 1 pról.	2 10	Maria Rosa, t. 5 y pról.	5 11	El biolon del diablo, o. 4.	
El cuello de unacamisita, o. 3.	5 7	La venta del Puerto, ó Juanillo el contrabandista, zarz. 1.	2 5	Maridolonto y muger bonita, t. 1	2 5	Todos son raptos, o. 1.	
El biolon del diablo, o. 4.	5 7	La suagra y el amigo, o. 3.	3 5	Mases el ruido que las nueces, t. 1.	1 2	La paga de Navidad, c. 1.	
El amor por los balcones, zarz. 1	9 3	Luchas de amor y deber, ó una venganza frustrada, o. 3.	3 5	Margarita Gautier, ó la dama de las camelias, t. 5.	5 10	Misterios de abastidores, (segunda parte), o. 1.	
El marido ocupado, t. 1.	9 3	Las obras del demonio, t. 3 y pról.	2 8	Mi muger no me espera, t. 4.	5 2	La batera, t. 1.	
El honor de la casa, t. 5.	3 2	La maldicion ó la noche del crimen, t. 3 y pról.	5 9	Monck, ó el salvador de Inglaterra, t. 5.	5 9	Pero Grullo, o. 2.	
Elena, o. 5	3 7	La cabeza de Martin, t. 1.	4 5	Martin el guarda-costas, t. 4 y P.	5 12	El ventorrillo de Alfarache, o. 1.	
El verdugo de los calaveras, t. 3.	5 7	Lisbet, ó la hija del labrador, t. 3	3 4	Mas vale llegar á tiempo queron-dar un año, o. 1.	3 3	La venta del Puerto, ó Juanito, el contrabandista, zarz. 1	
El peluquero del Emperador, t. 5.	5 2	Las ruinas de Babilonia, o. 4.	6 11	Mas vale mañana que fuerza, o. 1	5 3	El amor por los balcones, zarz. 1.	
El cielo y el infier no, magia, t. 5	2 8	Los jueces francos ó los invisibles, t. 4.	2 14	Maria Simon, t. 5.	3 8	El tío Pinini, t.	
El yerno de las espinacas, t. 1.	3 2	Llueven cuchilladas ó el capitán Juan Centellas, o. 3.	5 13	Maria Leckzinska, t. 5.	5 9	La fábrica de tabacos, 2.	
El judío de Venecia, t. 5.	3 2	Los Cosacos, t. 5.	3 9	Mas vale el tiempo que se va que un año, o. 1.	3 5	El 15 de mayo, t.	
El adivino, t. 2.	4 14	La procesion del niño perdido t. 1	5 6	No fiarse de compadres, o. 1.	3 5	D. Esdrújulo, 4.	
El amor en verso y prosa, t. 2.	3 5	—plegaria de los naufragos, t. 5	5 10	O la pava y yo, ó ni yo ni la pava, t. 4.	2 8	El tío Carando, t.	
El ahorcado!! t. 5.	3 5	—hija de la favorita, t. 5.	4 7	Oh!!! t. 1.	2 5	Lino y Lana, t.	
El tío Pinini, zarz. 1.	6 10	—meziza, ó Jacobo el cersario, t. 4	1 9	Papeles cantan, o. 3.	3 4	Tentaciones! t.	
El tesoro del pobre, t. 5.	4 11	Los muebles de Tomasa, t. 1.	2 5	Pedro el marino, t. 4.	3 4	La sencillez provinciana, t. 1.	
El lapidario, t. 3.	4 11	La fábrica de tabacos, zarz. 2	3 8	Por un retrato, t. 1.	2 3	La sal de Jesus! t.	
El guante ensangrentado, o. 3	9 5	Lobr Cardero, t. 1.	3 5	Por un retrato, t. 1.	2 3	Es la Chachi, t.	
El tío Carando, z. 1.	4 6	La casa del diablo, t. 2.	2 5	Pagar con favor agraviado, o. .	2 6	Lola la gaditana, t.	
El corazón de una madre, t. 5.	5 8	La noche del Viernes Santo, t. 3.	3 5	Paulo el romano, o. 1.	3 4	Y las partituras:	
El canal de S. Martin, t. 5.	5 8	Las minas de Siberia, t. 3.	4 4	Pepiya la solerosa, z. 1.	3 4	El tío Caniyitas, 2.	
El renegado ó los conspiradores de Irlanda, t. 5.	5 11	La mentira es la verdad, t. 1.	3 11	Por tierra y por mar ó el viage de mi muger, t. 5.	5 12	La gitanilla de Madrid, t.	
El bosque del ajusticiado, t. .	2 7	La encrucijada del diablo, ó el puñal y el asesino, t. 4.	4 4	Por veinte napoleones!! t. 1.	4 3	Jacó ó el orang-után, 2.	
El amor todo es arides, t. 2.	1 7	La juventud de Luis XIV, t. 3.	4 3				
El Czar y la Vivandera, t. 1.	2 3						
El caroncito ó un pollo en tiempo de Luis XV, t. 2.	4 5						
El juramento, o. 3 y pról.	2 8						